



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

**EN EL HERVOR DE LA PALABRA: CUANDO LA
LITERATURA, LA CONVERSACIÓN Y LA
ALIMENTACIÓN SE CUECEN EN UNA POÉTICA
DE LO SENSIBLE**

Autor

Leonardo Jesús Muñoz Urueta

Universidad de Antioquia

Facultad de Educación

Departamento de Enseñanza de las Ciencias y las Artes

Medellín, Colombia

2019



**En el hervor de la palabra: cuando la literatura, la conversación y la alimentación se
cuecen en una poética de lo sensible.**

Leonardo Jesús Muñoz Urueta

Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de
Licenciados en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana

Asesora

Erica Elexandra Areiza Pérez
Magister en Literatura Colombiana

Universidad de Antioquia
Facultad de Educación
Departamento de Enseñanza de las Ciencias y las Artes
Medellín, Colombia
2019

Doy gracias a mi corazón quien es el que reclama el mote de queso bien caliente, los patacones dorados y crujientes. Doy gracias a todos los amigos que compartieron conmigo el sabor de sus recuerdos. Doy gracias a mi asesora Erica Elexandra Areiza Pérez por acompañarme con su paciencia al pie del fogón de este cocido.

Resumen

Su aliento es como miel aromatizada con clavo de olor;

Su boca, deliciosa como un mango maduro.

Besar su piel es como probar el loto.

La cavidad de su ombligo oculta acopio de especias.

Qué placeres yacen después, la lengua lo sabe,

pero no puede decirlo.

Srngarakarika, Kumaradatta (Siglo XII)

En el hervor de la palabra: cuando la literatura, la conversación y la alimentación se cuecen en una poética de lo sensible, es el nombre de mi trabajo de grado que presento a manera de un plato de autor, cuyo propósito fue reconocer las poéticas y las experiencias comunitarias que acontecen alrededor de la palabra, la alimentación y la conversación en distintos espacios de formación. Además de descifrar de qué manera se reconstruye la experiencia humana a la luz de la propia cartografía del gusto y de obras literarias que cuentan la relación íntima que viven los personajes con los alimentos, como una expresión de su ser.

Los contextos en los cuales realicé los talleres de El Festín de LEO y las sesiones del Club de lectura Entre letras, fueron restaurantes de la ciudad como Botaniko, Brasilia, Aula y Tabun y la Biblioteca Comfama Bello, respectivamente, espacios no convencionales que fueron escenarios para la formación literaria, en los cuales se exploró esa entrañable relación entre literatura y alimentación. Para ello, me fundamenté en un enfoque metodológico basado en una mirada biográfico-narrativa, orientación que permitió ofrecer a los participantes -a quienes nombro comensales- la posibilidad de reconstruir procesos de formación de identidad a través de relatos de vida. En esa medida, se está frente a un binomio de poderosa significación de la comprensión de la realidad: literatura y vida, en el juego de como una se alimenta de la otra para ser. Esta puesta en escena de los sabores y conversas se realizó con el fin de aportar a la formación de maestros de la Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Humanidades, Lengua Castellana, otras experiencias

donde se involucran los sentidos y saberes que pueden inspirar los procesos de enseñanza de formación literaria, como apertura a la provocación de historias.

Palabras clave: Literatura, alimentación, conversación, poética de lo sensible, comunidad, formación.

MENÚ

I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

EPIFANÍAS ENTRE PALABRAS Y SABORES

ENTRADAS

- Biografía del gusto o sobre el lugar de la comida en la propia vida
- Ficciones al paladar: el alimento en la literatura
- Otros hervores y aromas: antecedentes investigativos

PLATO FUERTE

- Descripción del problema

Primer horneado: *De sin-sabores y cocciones rentables o alimentos en los tiempos del corazón*

Segundo horneado: *Tiempos para los sentidos y los hervores de la imaginación*

Tercer horneado: *Bizcochos combinados entre literatura, conversación, alimentación y formación*

Cuarto horneado: *Al calor de la palabra*

- **Tras la búsqueda de un sabor:** *Propósitos (generales y específicos)*
- **La palabra degustada:** *Justificación*

II

EL SABOR NO SE ENCUENTRA EN LA MANZANA NI EN LA BOCA QUE MUERDE. A PROPÓSITO DEL HORIZONTE CONCEPTUAL

- De la literatura y la formación
- De literatura, vida, alimentación y conversación
- De las bibliotecas y otros espacios donde se construyen experiencias de saberes y de comunidad

III

MOMENTOS DE LA COCINA: INGREDIENTES METODOLÓGICOS

- Degustar la vida narrada
- Saborear el instante: de festines, clubes y comensales a propósito de las estrategias metodológicas
- ¿A qué sabor estás?

IV

ENTRE EL FOGON Y EL ALIMENTO: NARRACIONES COMPARTIDAS EN LA SAZÓN DE LA LITERATURA Y LA VIDA

- El asombro o el extrañamiento ante la comida
- Banquete: alimentar la vida en compañía
- Los sabores de la conversación: ese no sé qué sensible de la lengua
- Sabor amargo
- Sabor salado como arena del desierto
- El cocinero de cuentos
- La narración oral o las palabras para abrir las cuevas

UN EPILOGO QUE SABE A POSTRE

BIBLIOGRAFÍA

La cuchara

Hablar de la cuchara
humilde en los cajones
no sirve, me dices, para un poema
y yo sonrío, vieja ya de todo,
no discuto, no contradigo...
La cuchara con la que crié a mis hijos,
la que llevas a tu boca cada día con suerte,
la que tu madre usaba los días festivos,
la que hacía música sobre el cristal de las copas,
la que con su frío aplacaba el dolor de tus chichones,
la de peltre, de mi abuela y de la suya
que me dan sopas con honda
cuando me crezco, sabihonda,
y olvido el humilde valor de la cuchara
y de mi origen.

Begoña Abad de la Parte, Del poemario *A la izquierda del padre*

EL PRIMER HERVOR: A MODO DE INTRODUCCIÓN

*Recuérdame
como alguien que amaba la poesía
y los nísperos.*

Masaoka Shiki

Este trabajo no es un recetario ni un tratado sobre lo último en culinaria, es un compendio de sabores y recuerdos que acompañan no sólo mi universo personal, sino también el de los lectores comensales participantes en los talleres de El Festín de LEO y el Club de lectura Entre Letras; es más una carta de evocaciones y provocaciones o un testimonio de los sentidos de cómo se reconstruye el mundo culinario por medio de los recuerdos y de cómo se le da voz a esa experiencia sensible del gusto a la luz de la literatura y la conversación.

A lo largo de estas páginas aparecen como listado de ingredientes para la preparación de un plato exótico, **mi biografía del gusto**, donde revelo entonces cómo conozco en un primer momento de mi vida, el mundo a través de los sentidos, en especial por todo lo degustado. Luego, en otro apartado, **Ficciones al paladar: el alimento en la literatura**, hablo de cómo me voy sumergiendo entre los hervores de las obras de literatos que por medio de sus relatos y poemas exploran esa relación literatura y alimentación.

En estas páginas no hay recetas sublimes, simplemente un desfile de cuatro horneados que son el plato fuerte. El primero de estos se titula: *De sin sabores y cocciones rentables o alimentos en los tiempos del corazón*, en donde se reflexiona sobre los tiempos actuales de la sociedad que busca ahorrar el tiempo de los alimentos, cercenando con ello, el acto ritual que conlleva cada preparación. Seguimos con el segundo horneado: *Tiempos para los sentidos y los hervores de la imaginación*, el cual reivindica el derecho a la fabulación, de cómo a través de la literatura desarrollamos esa cuota de humanidad, en la medida que nos vuelve más comprensivos y abiertos a la naturaleza. Llega el tercer horneado, esos *Bizcochos combinados entre literatura, conversación, alimentación y*

formación, en donde se hace un llamado; que para rescatar esa dimensión estética de la literatura hay que volverla a traer a casa, a tener el libro en el aula. Por último, el cuarto horneado, dedicado *Al calor de la palabra* que se encuentra en la naturaleza de toda biblioteca, considerando esos espacios, semejantes a un restaurante, un lugar que nutre el espíritu, llenándolo de asombros.

*Pelando una pera
azucaradas gotas brillan
a lo largo del cuchillo.*

Masaoka Shiki

Ante el paladar del lector aparece el segundo capítulo de este plato, en el cual se presenta **El sabor no se encuentra en la manzana ni en la boca que muerde. A propósito del horizonte conceptual**; allí saboreo la formación literaria más conectada con la vida, al tiempo que exploro las relaciones entre literatura, vida y alimentación. El tercer capítulo **Momentos de la cocina: Ingredientes metodológicos**, se propone degustar la vida narrada, indagar sobre la capacidad que tiene el ser humano para contar historias. Además, a *saborear el instante: de festines, clubes y comensales a propósito de las estrategias metodológicas*. Con la sazón de Noemí Duran, quien nos recuerda que es esencial que se propicien encuentros poéticos con el mundo y con uno mismo, por eso hace un llamado a despertar la sensibilidad disponiendo la preparación de los elementos de una puesta en escena que inviten a la escucha.

Alguna vez escuché decir que los árabes tienen la costumbre de invitar a la mesa, a aquellos que están cerca de su corazón. Por ello el cuarto capítulo **Entre el fogón y el alimento: narraciones compartidas en la sazón de la literatura y la vida**, es un elogio a la amistad que nace alrededor de una mesa acompañada de la conversación y la narración de historias como actividades del espíritu. En este apartado un restaurante o una biblioteca son los espacios propicios para la formación literaria a través de los sentidos, donde los lectores, que son al tiempo comensales, resignifican sus recuerdos a través de los sabores y

la literatura. Es mi deseo, apreciado lector comensal, que su paso por estas páginas le dejen otro sabor en su gusto, que sea la oportunidad de vivenciar el hervor de la palabra.

I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

EPIFANÍAS ENTRE PALABRAS Y SABORES

- **Biografía del gusto**

El olor de un diente de ajo y el sonido lluvioso de los anillos de la cebolla que se sofríen en un sartén, son aromas que me recuerdan a mi abuela paterna Micaela Rico, a quien, de ahora en adelante, en estas páginas, nombraré Mami. Ella fue cocinera en la calle La albarrada, en el puerto de Magangué, a orillas del Río Grande de La Magdalena. Se despertaba a las dos de la mañana a preparar el arroz con coco y a freír los pescados que vendería en su comedor. Ponía a hervir el agua para preparar el café y una infusión de canela con hojas de toronjil que luego servía en termos. Preparaba la masa de yuca molida para darle forma a las carimañolas rellenándolas de puro queso rallado.

Mami era una maga con sus manos. Convertía un plátano verde, cebolla y tomate, en un cabeza de gato, mi plato preferido. Les despojaba la cáscara a los plátanos y los ponía a sancochar. Sofreía con el ajo, el tomate y la cebolla picados. Cuando los plátanos estaban listos, empezaba a triturarlos con un poco de aceite, luego al azar echaba una pizca de sal y pimienta. Lo amasaba y hacía bolas, que parecían cabezas pequeñas, de ahí el nombre cabeza de gato. Las servía acompañadas con una rodaja de queso costeño o una cucharada de suero atoyabuey.

Mami hablaba con los ingredientes. Sabía descifrar el lenguaje de los alimentos. Ella sabía cuánto tiempo debían estar las tajadas de plátano verde en la cacerola con aceite hirviente para que quedaran como pequeños soles crujientes. O el momento en que debía bajarle la llama al fogón cuando el mote de queso estaba en su punto. Sabía cuántas cucharadas de azúcar y esencia de vainilla se le debía echar al jugo de plátano maduro.

Cuando pienso en mi infancia, de manera inevitable vuelvo a sentir la tibieza de mi tetero lleno con leche pura recién hervida con una cucharada de azúcar, vuelvo a verme, niño de dos años, acostado boca arriba en el piso del centro de la sala, mirando el movimiento cadencioso de las aspas del abanico de techo y al lado mi hermano acompañándome en la hora de nuestro tetero. Hoy día, Mami suele decir que mi hermano y yo, somos fuertes, que combatimos las enfermedades porque tenemos altas defensas, porque de niños fuimos alimentados con leche pura recién ordeñada. Y es verdad.

Cada vez que muerdo un trozo de caña de azúcar, pienso en mi madre Helida, quien después de habernos dejado a mi hermano y a mí, al cuidado de Mami, a los dos años, regresó cargada con troncos verdes de caña de azúcar. Me parece mágico todavía que, al morderlos, salga un jugo dulce. Después de que Helida se despedía con un beso, yo me quedaba mordiendo cañas de azúcar, era mi manera de recordarla.

Puedo decir que mi infancia estuvo llena de aromas y sabores. Por ser el nieto de una cocinera, tenía privilegios en la hora del desayuno. Mami me servía antes de ir al colegio, un plato con una doncella frita acompañada con dos inmensos patacones dorados. La doncella era el pescado que más me gustaba porque su carne era crujiente al paladar, y además no traía espinas. Ya me había sucedido en otras ocasiones que una puya se me quedara atrancada en la garganta, entonces en esos casos, Mami me embutía yuca cruda para que la espina continuara su camino. Y ni hablar del jugo de níspero, la pulpa de ese fruto se deshacía en dulzura en mis manos. Probar el jugo de níspero era lo mismo que conocer el cielo. Y hablando de cielo, una sopa de mote de queso es otro manjar que lo más seguro es que debe ser servido en las alturas. Su color es blanco y se cocina con ñame, cebolla. Luego se sirve con cucharadas de suero y queso costeño cortado en cubos.

Acompañar a Mami al mercado era una aventura para mis sentidos. El mercado era un laberinto de aromas. Con una canasta en mis manos, íbamos caminando en medio de pequeños negocios que tenían al pie de la entrada una alfombra de condimentos, separados por colores. Estaban los manojos de ajíes verdes y los ajíes rojos, que parecían dedos pequeños. Se veían las cabezas de ajos de piel blanca que tenían hasta veinte dientes y despedían una fuerte fragancia. Del techo colgaban aromáticos ramilletes de canela. En pequeñas bolsas estaban el azafrán, el comino y la cúrcuma en polvo. En botellas de vidrios guardaban la nuez moscada y las refrescantes bolas de tamarindo espolvoreadas con azúcar.

Sobre unas esteras secándose al sol se veían el marrón oscuro de los clavos de olor y los granos de pimientas negras y arrugadas. En unas cestas estaban las hojas de laurel marchitas, pero todavía verdes, los cardamomos y las semillas de cilantro forradas en papel celofán.

Adentrándonos más en el mercado, pasábamos en medio de costales llenos de arroz blanco, frijoles de cabecita negra y maíz amarillo, hasta que el aire era enrarecido por el olor de la sangre de las vacas despellejadas y los cerdos abiertos sin entrañas que guindaban desde el techo y me dejaban sin respiración. Sobre las mesas estaban las pezuñas de los terneros junto con las lenguas húmedas recién lavadas que me revolvían el estómago. Mami palpaba el corazón de un novillo y pedía:

—Deme media libra.

Cerraba los ojos cuando el carnicero cortaba un pedazo de carne. Sentía el peso del corazón del novillo en el canasto. Seguía a Mami hasta llegar donde estaban las vendedoras de pescados sentadas en cajas de madera. Con un pañuelo espantaba las moscas que revoloteaban alrededor de los pescados frescos sin escamas y de los bagres gigantes a los que les habían cortado los bigotes. Estaban puestos unos encima de otros sobre hojas de bijao exhibidos en poncheras.

Será por eso que no me gusta comer carne por esas escenas sin maquillajes que veía en el mercado. En los supermercados uno ya no se encuentra con cadáveres de animales, porque han sido reducidos a paquetes congelados con una etiqueta donde se dice su fecha de vencimiento. Ya no hay a la vista vísceras y sangre fresca.

El comedor de Mami era también el punto de encuentro de las historias de amores y traiciones que contaban los chaluperos y los viajeros que llegaban a cualquier hora del día. Cada historia era amenizada con un jugo de agua de panela con naranja agria y una arepa de huevo dorada caliente.

Conmigo fue creciendo un gusto silencioso por el mundo de la cocina. El acto de ver a mi abuela sentada en su mecedora en el zaguán con una palangana llena de arroz en su regazo, para expurgarlo de piedras y cáscaras, era un acto que me hablaba de su tesón para realizar las cosas, del esmero y del cuidado que se requieren. La manera de tocar la yuca, de oler los pescados antes de comprarlos, de raspar con la uña una guayaba para saber si estaba madura, eran gestos que se fueron quedando en mis recuerdos. Todavía puedo oír -a

través de la memoria de mi oído- a los pescadores, a pleno mediodía en el puerto, en vez de darle las gracias, la llamaban Rico.

- **Ficciones al paladar**

Llegué a las preparaciones de recetas, otra vez, por la literatura. Hubo una novela llamada *Como agua para el chocolate* de la escritora mexicana Laura Esquivel, que me sedujo por la forma como estaba escrita. Eran doce capítulos, que al tiempo eran doce recetas, y al empezar a leer la novela había un listado de ingredientes. Tita de la Garza, la protagonista de esta historia, desde niña había desarrollado un sexto sentido para la cocina. Sólo lloraba cuando la sopa de colita de res estaba en su punto. No era extraño que entendiera el mundo exterior desde su mundo de aromas y sabores. Por eso, a sus quince años, cuando la primera mirada de amor del joven Pedro Muzquiz le recorrió sus hombros y senos, sintió que su piel echaba burbujas, semejante a la masa de un buñuelo cuando entra en contacto con el aceite hirviente. Según una tradición familiar, a Tita de la Garza, por ser la hija menor, le estaba negado el matrimonio porque debía cuidar a su madre hasta que ésta muriese, no obstante, Tita expresaba su pasión y su anhelo de amar en las comidas que preparaba, provocando reacciones inesperadas en sus comensales.

Empezó aquí una curiosidad por la presencia de la comida y sus oficios en la literatura, porque un aroma, un sabor o una fruta estaban íntimamente relacionados con el personaje. Y por sus gustos al momento de comer, uno podía conocerlo mejor. Así, en la novela *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García Márquez, Florentino Ariza, después de dos años de conocer a Fermina Daza, en una carta de un único párrafo, le hace la propuesta formal de matrimonio. Ella le responde: “Está bien, me caso con usted si me promete que no me hará comer berenjenas”. Entonces supe de la debilidad de Fermina por los dulces de coco o caballito a base de papaya verde con panela.

En la novela *Cien años de soledad*, uno puede encontrar momentos en que los personajes viven una relación con los alimentos; uno de ellos, es cuando el pueblo de Macondo contrae la enfermedad del insomnio, debido a un descuido de José Arcadio Buendía, que no se perdonó jamás. Los animalitos de caramelo fabricados en la casa de los Buendía seguían siendo vendidos en el pueblo.

Niñas y adultos chupaban encantados los deliciosos gallitos verdes del insomnio, los exquisitos peces rosados del insomnio y los tiernos caballitos amarillos del insomnio, de modo que el alba del lunes sorprendió despierto a todo el pueblo. Al principio nadie se alarmó. Al contrario, se alegraron de no dormir, porque entonces había tanto que hacer en Macondo que el tiempo apenas alcanzaba. (García Márquez, 1986, p.52).

Más tarde esta posibilidad de estar despiertos se vuelve tediosa y obliga a las gentes a ingeniarse maneras para combatir, no sólo al insomnio sino al olvido que traía éste consigo.

Una muestra de cómo los habitantes de Macondo estaban dispuestos a luchar contra el olvido, era su decisión de ponerle letreros a las cosas, especificando su función. Por ejemplo, llegaron al punto de colgar un letrero en la cerviz de la vaca: “Ésta es la vaca, hay que ordeñarla todas las mañanas para que produzca leche y a la leche hay que hervirla para mezclarla con el café y hacer café con leche”. (García Márquez, 1986, p.56).

De esa manera, vivían en una realidad que se les escurría con facilidad, capturando momentos por medio de las palabras, hasta que empezaran a olvidar los valores de la letra escrita.

Otra de las escenas de recordación es cuando el padre Nicanor, recién llegado a Macondo y considerándola sin dios ni ley, decide realizar muestras para dar fe de la prueba irrefutable del infinito poder de Dios. La demostración consistía en que se tomaba sin respirar, en la misa, una taza de chocolate espeso y humeante. Luego se limpiaba los labios con un pañuelo, extendía los brazos y cerraba los ojos. Y empezaba a elevarse doce centímetros sobre el nivel del suelo. Anduvo varios días repitiendo la prueba de la levitación mediante el estímulo del chocolate; el monaguillo recogía tanto dinero en un talego, que en menos de un mes el padre Nicanor emprendió la construcción del templo.

Desde entonces me ha cautivado esa relación íntima que existe entre la literatura y la cocina. Ambos son mundos que permiten el vuelo del pensamiento y de la sensibilidad. Cada uno requiere de ingredientes como la intuición y el buen olfato: intuición para saber combinar ingredientes y olfato para saber el punto de la cocción. Y no termino de encontrar escritores que hallan en la cocina y sus recetas una buena historia para sus novelas, cuentos, ensayos, poemas y dramaturgias, e incluso estilos que los distinguen y los convierten en

una novedad para el mundo literario, aunque sean, en última instancia, recreaciones de mitos y leyendas antiguas de Grecia, Egipto y Oriente, como sucede en *El Banquete* de Platón y en *Las mil noches y una noche*. Cuentan los griegos, que cuando el alma llega a la orilla del barquero Caronte, éste les hace beber agua del Río Leteo para que olviden su vida en la tierra, y puedan subirse a la barca, libres del peso del recuerdo.

El poeta Pablo Neruda en su “*Oda al caldillo de congrio*” recrea la preparación de este plato exótico paso por paso: desde que el rosado congrio vive en el tormentoso mar de Chile, hasta que llega a los vapores de la cocina y se inicia su preparación. Después de degustar el poema queda uno con un sabor invisible como una luz de cebolla en la boca:

Ahora
Recoges
ajos,
acaricia primero
ese marfil
precioso,
huele
su fragancia iracunda,
entonces
deja el ajo picado
caer con la cebolla
y el tomate
hasta que la cebolla
tenga color de oro.

Roald Dahl, en un relato policial *Cordero asado*, muestra a una mujer aparentemente enamorada de su marido, quien se convierte en una fría asesina cuando él le comunica que la va a abandonar. Si bien oculta el arma del homicidio, convirtiéndola en una deliciosa pierna de cordero asado, a su vez es la metáfora de “cordero”, de bondad que guarda la figura de este animal en relación con la mujer protagonista de la historia. Ya que dicha especie es representada desde la antigüedad como un símbolo casi universal de dulzura, inocencia, mansedumbre y pureza. Es de resaltar, semejante al relato de Dahl, que no se conoce ninguna sociedad que le haya atribuido una simbología negativa.

La comida es el espejo del que se sirve Cervantes para definir a su Quijote, entre otras cosas, porque en los tiempos en que ocurre la historia, saber lo que alguien comía era conocer su importancia social y sus posibilidades económicas. Como se demuestra también en el pasaje de las bodas de Camacho con su opulencia culinaria, o en los intentos de Sancho para comer bien aunque fracase sin remedio: “[...] y mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas, o de nueces, nos solemos pasar entrambos ocho días”.(Cervantes, 1999, p. 123) Uno como lector se encuentra que el uso de la comida en la literatura es también un recurso muy utilizado por los escritores para hacer comparaciones y juegos de palabras con platos, ingredientes y temas poéticos como el caso del laurel y el escabeche para relacionarlos con la corona de los poetas como decía Góngora (1960) en *Las firmezas de Isabela*:

Cuando acaso me aproveche
de tus ramos, oh Laurel
no sea como poeta
ni sea como escabeche.

Brillat- Savarin, en su libro *La fisiología del gusto*, distingue entre el placer de comer y el placer de la mesa. El primero (común a hombres y animales) es la satisfacción simple e inmediata de una necesidad fisiológica. El segundo, propio del hombre, es: “la sensación refleja que nace de distintas circunstancias de hechos, lugares, cosas y personas que acompañan la comida”. (Brillat-Savarin, 1825, p.45).

La palabra “Convivio”, que significa banquete, deriva de cum vivere: vivir juntos, es decir, compartir con otros la alegría de degustar un plato exquisito, saborear un buen vino, abandonarse a los placeres físicos e intelectuales. De esta manera encuentro muy estrechas la experiencia de la comida, la literatura y el arte, y se puede evidenciar en el canto IX de la *Odisea*, donde Ulises alaba la hospitalidad de Alcinoos.

Yo afirmo, en efecto, que no hay momento más placentero que cuando la alegría se extiende a todo el mundo, y los comensales a lo largo de una sala se deleitan oyendo al aedo, sentados en fila, y a su alrededor las mesas rebosan de pan y carnes, y, sacando de la crátera el vino, el copero lo lleva y lo escancia en las copas. En mi mente eso a mí me parece una cosa espléndida” (Odisea, 1987. p.43)

Sin duda, en la mesa no sólo se reponen las fuerzas del cuerpo sino también las del espíritu. Y el placer proviene sobre todo de compartir con otros este momento del día. Se puede decir, no estamos invitados a comer o a beber, sino a comer y a beber “juntos”. En el banquete, los griegos quisieron reunir todos los placeres: los intelectuales y los físicos. Los banquetes inspiraron el surgimiento de un género literario específico: en este caso, por ejemplo, los banquetes (symposium) de Platón, Jenofonte o Plutarco.

Otros hervores y sabores

Los trabajos de investigación que he elegido degustar a manera de un plato, han llegado como suelen llegar los más apetitosos manjares. Algunos por el brillo de sus nombres que evocan tierras y sabores lejanos, otros por la recomendación de un comensal con un fino paladar. Ahora los degusto, los saboreo, los devoro en un esfuerzo sincero de saber de qué están hechos, y de qué manera me señalan la ruta de los sabores, para continuar con mi cocción personal. A continuación, comparto la experiencia por medio del saber y del sabor que encontré en cada uno de ellos.

El primer texto o plato que llevo a mi mesa para degustar es “*La alimentación desde lo afrochocoano como práctica decolonizadora del lenguaje: retos y aproximaciones a partir de una metodología decolonial*” (2017). Es un trabajo de investigación de las autoras Karla Michela Rodríguez y Vanessa Ospino Palacios, para optar al título de Licenciadas en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana, de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. El trabajo sugiere, en su estructura, la metáfora del orden de un menú de restaurante; un sabor agridulce, pasabocas y plato fuerte. De esta manera las autoras indagan por la concepción de la alimentación a partir de una metodología decolonial, la cual parte de resignificar la manera en la que se investiga, dándole otro giro a su proceso, en este caso, a la apertura a repensar y a reflexionar sobre la forma que se les da a los textos académicos, más allá de las estructuras ya establecidas. Con dicho propósito se amplía el concepto de la decolonización desde el diálogo y el hacer con y para los otros, que supone pensar en un posible espacio en el que la alimentación sea mediadora de la relación del ser humano con la naturaleza. Por tanto, se refieren a una alimentación desde lo afrochocoano, la cual está nutrida de las

dinámicas culturales y, a su vez, nutre de manera particular a los sujetos que están en contacto con ella.

Las autoras evidenciaron que la metodología enunciada aporta en el acto de reconocer y visibilizar la historia del afrochocoano. Así mismo, pudieron notar la transversalidad del alimento, el cual tiene una relación intrínseca con el ser y, por supuesto, con el lenguaje. El trabajo realizó un sondeo en un único grupo poblacional, en este caso, el afrochocoano, reivindicando otra metodología de saber, en pro del rescate del legado de una identidad cultural. La apuesta de este trabajo de investigación es trascender los discursos y reflexiones conceptuales que sugieren decolonizar el ser, el saber y el hacer de los modelos hegemónicos.

El otro texto que degusté en mi mesa fue *“Sabor y saber: una estrategia pedagógica para la formación del gusto estético literario en la escuela”* (2017), un trabajo de investigación de Marisol Mosquera Mosquera, realizado también en la Licenciatura mencionada. En su proyecto pedagógico “Sabor y saber”, Mosquera indaga por la formación del gusto estético literario —concibiendo la percepción estética como metáfora gastronómica— con estudiantes del grado 10^o4 de la Institución Educativa Antonio Roldan Betancur (Bello, Antioquia). El interés de este proyecto surge a propósito de la relación que la autora ha vivido con la alimentación a lo largo de su vida, de lo que sentía en un principio por su escaso saber al momento de probar alimentos; de ahí que los rechazara porque no eran cercanos a sus costumbres. Cuenta que su gusto culinario se amplía al vivir en la ciudad de Medellín, al punto de decidirse a aprender a cocinar y a darle una variación o toque personal a sus propias recetas, creando entonces una versión mejorada del tamal, el pastel de arroz, el sancocho, entre otros platos. La autora reconoce que su gusto por la cocina nació a partir del disgusto por preparaciones que no le complacían. Sentía hambre y a su vez deseo de comer algo delicioso, pero no lograba encontrar el placer de un alimento que estuviera a la altura de su gusto. Es este suceso que la lleva a reflexionar sobre la relación de indiferencia de los estudiantes por la literatura semejante a la aversión que ella vivió con la comida en un principio.

Por este motivo, con el tiempo se fortalece su pasión por la cocina, y se suma el amor a la enseñanza. De ahí que elija explorar desde la metáfora del gusto, la sensibilidad estética de los estudiantes para acercarse a la literatura. Para ello, Marisol propone que el abordaje

de los textos se realice a partir de los olores, sabores, texturas, sonidos e imagen, que sea una experiencia sensorial. La idea de maestro que la autora va configurando es la de un chef anfitrión, quien va sazonando y aderezando los textos para que resulten agradables a los sentidos de los estudiantes- comensales.

La investigación que realiza Mosquera se inscribe en el paradigma cualitativo, es de carácter exploratorio, pues representa uno de los primeros acercamientos al problema del gusto estético literario en la escuela, en cuanto a la capacidad de percepción que se debe desarrollar mediante la educación para la apreciación artística. Uno de los propósitos de la autora con este estudio es generar un conocimiento que posibilite nuevas investigaciones en el tema. Además de generar una mirada entre los mismos participantes del trabajo, de la experiencia literaria desde su parte más vital que es el gusto. Se indagó por el modo en que los estudiantes leen, las formas de acceder a los libros, los motivos, los soportes utilizados, el tipo de libros que leen.

La autora reconoce que su trabajo investigativo no corresponde a un alcance de cambio o transformación, opta por indagar en la formación de lectores de buen gusto literario. Considero que este trabajo de investigación aporta a mi búsqueda en la medida que emplea la metáfora gastronómica para referirse a un gusto literario, enmarcándolo en una estrategia de acercamiento a un corpus de textos literarios, a otras posibilidades para la enseñanza de la literatura.

Después de leer los aspectos en los que se centra Marisol Mosquera con su trabajo de investigación, encuentro que hay una serie de asuntos que no aborda. Uno de ellos es el indagar en la historia personal del gusto de los estudiantes, esto con el fin de generar un espacio donde se le dé audiencia a la memoria y a los recuerdos, donde se reflexione cómo surgen los gustos y disgustos por ciertos alimentos. A su vez es un ejercicio de la reminiscencia que va acompañado de las propias historias personales que van nutriendo esa idea de alimentación.

Llega a mi mesa, recién salido del horno, el plato *“Cocina y alimento, miradas en la formación de maestros, el cine y la literatura”* (2018), un trabajo de investigación realizado por Lina María Guerra Gómez, en el marco de su Trabajo de grado en la misma Licenciatura de las egresadas anteriores.

Desde las primeras páginas, Guerra, quien a su vez ha tenido formación en el mundo culinario, a manera de degustación, menciona que su tesis es una invitación a reconfigurar el concepto de alimentación. A su vez, develar la influencia que tiene una maestra de Lengua Castellana frente a los discursos imperantes en la sociedad, sobre el tema de la comida. Desde un recorrido autobiográfico, pone sobre la mesa su experiencia de vida, que se ha ido cocinando junto a las narrativas literarias y audiovisuales que le han permitido nutrir su relación con los alimentos. El corpus de obras presentadas por esta maestra que se deleita con los sabores y cocciones tiene como propósito reconocer el lugar que ocupa la cocina y el alimento en el lenguaje literario y audiovisual. De esta manera, logra poner de cara al lector con el acto de alimentarse y de cómo incide en los ámbitos político- económicos globales.

Lina María cuenta que su relación con la cocina y los alimentos proviene de los solares de las casas de calle Cangrejo. De niña, ella prefería jugar con la despensa en la cocina de su madre, a escondidas tomaba los alimentos, para cocinarlos en su propio fogón de leña. Sin duda estas vivencias alrededor del fuego y los aromas le dieron otro matiz a los deseos de Lina, quien luego optó por ingresar al programa de gastronomía de Comfenalco, en alianza con el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid. En esa institución, la desbordaron con información en técnicas de cocina y platos de lugares lejanos. Lectora de culturas antiguas que practicaban la medicina ayurvédica, empieza a desencantarse y a ver lejana la realidad acerca del alimento como medicina. El sinsabor se hace mayor al darse cuenta de que tampoco existe un interés genuino por la protección del medio ambiente. Es por ese motivo que, desde su mirada como cocinera y maestra en formación de literatura, reflexiona sobre por qué son pocos los espacios de formación en Medellín, que fomenten prácticas alimentarias sostenibles para el medio ambiente. Siente, desde el lugar de una maestra de lengua y literatura, que debe contribuir a la relación del ser humano con su alimentación.

En atención a esta experiencia previa, la pregunta que orientará el trabajo de investigación de Lina es: ¿Qué hay en la literatura que permite el encuentro entre alimentación y formación? A la luz de esa fragua de inquietudes, considera pertinente que se propicien nuevas formas de enseñanza dentro y fuera de la escuela, que ayuden a renovar discursos y mencionar conceptos sobre alimentación en las áreas del saber y su relación con

el ser humano. Menciona la relación especial que existe entre alimento y salud. De cómo la cocina es un escenario para la magia y la alquimia en la que se transforman los víveres. Semejante al pensamiento, la palabra y la acción que se convierten en relación directa con la alimentación, ya que también nos nutrimos, según Lina, de lo que escuchamos, vemos, respiramos, tocamos y todo aquello que llega a través de los sentidos.

Uno de los propósitos del presente trabajo es exaltar el poder político de los alimentos, a través de tres discursos que impactan las esferas sociales: el cine, la literatura y la formación de maestros, en particular, maestros de Lengua Castellana.

La apuesta entonces es descubrir la importancia del alimento en la vida humana y transformar algunas prácticas culinarias, que ponen en riesgo la salud del cuerpo. Así mismo, valerse de lenguajes audiovisuales en los procesos de formación en lengua y literatura para la formación política, el cuidado de sí y del otro, a través de la alimentación.

El centro de práctica donde Guerra logra poner sobre la mesa estos ingredientes es la Corporación ambiental GEDI, la cual vincula la alimentación, como parte de la educación ambiental. Esta institución posibilitó que Lina conversara con madres jóvenes de la comunidad de Moravia sobre temas relacionados con la alimentación en perspectiva del respeto animal, la economía sostenible. Repensando la forma de relacionarse con el alimento y reconociendo las repercusiones que éste tiene sobre el cuerpo. Para Lina María es claro que la alimentación es parte esencial de la experiencia humana. No obstante, en la sociedad se pierde el sentido y la capacidad de pensar y de entender la comida, como el sustrato fundacional para la vivencia. Por eso agudiza los sentidos para esbozar el rol del alimento en el lenguaje y su riqueza narrativa en lo audiovisual.

En palabras de la autora, su práctica pedagógica en una corporación de educación ambiental la llevó a pensar otras formas de alimentación, replantear el discurso, creer en la posibilidad de transformación del ser a través de lo que consume, disminuir las prácticas

dañinas y propender por el equilibrio del ecosistema, la sana relación entre todos los animales y la toma de conciencia acerca del maltrato animal. Complementó esta experiencia con una cartilla para la formación en el saber culinario y alimentario, la cual nombró Cociteratura, que incluía conceptos alimentarios para la armonía del cuerpo, recetas para deleite, relatos y narraciones. Por último, como propuesta que se despliega de la presente investigación, realiza un Alfabeto para sembradores, en donde incluye el

nombre de semillas o plantas, de acuerdo con cada letra del abecedario castellano con el nombre científico, las características medicinales o comestibles.

Puedo decir que esta propuesta logra llevar a la mesa reflexiones sobre el acto de consumir los alimentos. Además de cómo éste dialoga con la formación, desde la literatura y el cine, como herramientas clave para la enseñanza del lenguaje.

Considero que aportan a mi trabajo de investigación las reflexiones que surgen desde las obras literarias y audiovisuales como potenciadores de temas culturales y de memoria, a la luz de la comida. De cómo el campo de la formación se complementa con estas obras, para ampliar la mirada crítica de aspectos sociales y políticos. Ahora bien, advierto que existen una serie de ingredientes que Guerra no ahonda, como lo es la memoria culinaria de los involucrados en la práctica pedagógica y cómo desde la propia cartografía del gusto se reconstruye la propia experiencia humana.

Descripción del problema

Primer horneado: De sin-sabores y cocciones rentables o alimentos en los tiempos del corazón.

La primera vez que degusté la frase “*No es el estómago quien reclama la sopa bien caliente: es el corazón*” del poeta francés René Char, pensé en las veces que he confundido el reclamo del corazón con el sonido que hace el estómago cuando siente hambre. Imaginé que debía existir un gusto del corazón compuesto por aromas y sabores. Comprendí ese amor a los lustrosos mangos maduros, porque junto a su olor volvía a vivir esa tarde de mi infancia en el patio de la casa, en la que mi hermano, mi tía y mi abuela comíamos mangos maduros, untándonos los dedos de su dulce carne naranja, quitándole con los dientes la cáscara, para deleitarnos con su pulpa fibrosa y jugosa. Era inevitable recordar el aroma de la leche pura recién hervida con una cuchara de azúcar, que me llevaba de la mano a ese momento de tranquilidad, en la que siendo apenas un niño de dos años me acostaba boca arriba con el tetero en mis manos a mirar cómo las aspas del ventilador daban vueltas y más vueltas hasta quedarme dormido.

Si el corazón llegase a tener un listado de alimentos favoritos, estos, imagino, deberían estar ordenados por recuerdos. Vale mencionar que la palabra *Recordar* viene del latín *recordis* que traduce, volver a pasar por el corazón. Las comidas, junto con sus

aromas, son entonces una sutil manera de volver a los caminos de los recuerdos. Ahora bien, es esa experiencia inicial con los alimentos en la cual vamos definiendo nuestros gustos y disgustos, que se va acentuando o no con el paso del tiempo. No obstante, en la actualidad parece ser que la experiencia de la comida se reduce a un acto mecánico en la que se busca saciar una necesidad, dejando de lado el pleno disfrute de un plato, asombrarnos ante la armonía de texturas y colores, degustar cada ingrediente. Hoy día, en los supermercados es posible encontrar los alimentos ya listos. Ya no es necesario clavar la uña en una fresca mandarina, porque ya viene sin piel y dispuesta en rodajas en una bandeja de icopor. Igual ocurre con las sopas, las lasañas. Se nos ahorra el tiempo de prepararlos, es cuestión de meterlos al horno y punto. La falta de tiempo es uno de los motivos que estos productos y los fast food tengan tanto éxito en el mercado. ¿Dónde queda entonces ese acto de la comida preparada paso a paso? ¿Dónde queda esa posibilidad de encuentro en la que se conjugan como una orquesta de sabores, los gustos y disgustos relacionados con los alimentos?

El tiempo dedicado en la cocción de una comida es a su vez otra salsa. Cierta vez la poeta Dulce María Loynaz dijo, mientras pelaba una papa para prepararse una sopa en el almuerzo, que cocinarse a uno mismo era como escribirse un poema. Es claro que, para llegar a escribir un poema, se requiere tiempo, pensar una y otra vez qué palabras unir para darle cabida a un verso. Se requiere de intuición y de una dosis de creatividad, elementos que también son propios en el acto de la preparación de un alimento.

A pesar de los avances tecnológicos, parece ser que el tiempo, como el agua, se nos va de las manos, y se puede pensar que aquel que prepara su comida, dedicándole las horas necesarias para su cocción, es un privilegiado. A principios del siglo XX, con el auge de la industrialización, surgieron de *La caja de pandora* los males que empezarían a aquejar hasta el día de hoy a la humanidad, la desigualdad, la insaciable competencia entre unos y otros, pero uno de los males más tristes, es la falta de tiempo. En ocasiones parecemos como hormigas desesperadas y a las carreras por probar las migajas de azúcar de lo ilusorio. En el año 1936, el actor y director Charles Chaplin, realiza un largometraje llamado *Tiempos modernos*, en el que se muestra cómo la industrialización y la producción en cadena sometían a vejaciones a los empleados de la clase obrera. Si bien Chaplin incluyó escenas futuristas, en la actualidad no están lejanas de esa realidad. Vale recordar, de esta

cinta, el momento en que el presidente de la industria compra la máquina de comer veloz, un práctico aparato que alimenta a los hombres mientras trabajan, suprimiendo el descanso del almuerzo. El vendedor mecánico alienta al presidente a comprar la máquina, diciendo que es una manera de adelantarse a la competencia, de eliminar la hora del almuerzo para aumentar la productividad y reducir los gastos. Por último, presenta las características de la máquina, la cual tiene un plato de sopa automático con aire incorporado, no hace falta soplar, ni un ápice de energía derrochado en enfriar la sopa, en el eje de articulación cuenta con un soporte para mazorca, que permite pasar de una velocidad a otra con un simple toque de lengua, además cuenta con una servilleta esterilizada. El comerciante hace su presencia por medio de una grabación donde enfatiza: “Una máquina para comer veloz para que los empleados puedan continuar trabajando mientras almuerzan”. Es claro que el acto de comer se convierte en una experiencia estéril donde se cercena el espacio para la conversación, donde la palabra es silenciada por la inmediatez de lo práctico.

Segundo horneado: Tiempos para los sentidos y los hervores de la imaginación.

No es de extrañarse que poco a poco se olvide el carácter de la esencia de ser humano y, con ello, la necesidad de darle un espacio a los sentidos, como una manera de reconocernos y de reconocer el mundo que nos rodea. Hay algo de triste en el comienzo de la obra *Momo*, del escritor alemán Michael Ende, que empieza hablando del pasado de las ruinas de los anfiteatros al aire libre, donde la gente se reunía a contemplar, a vivir el derecho a fabular. Los tiempos habían cambiado y las ciudades se hacían más grandes. De esa manera, la gente se olvidó de contemplar y se dedicaron a otras cosas. Hasta que un día, los habitantes cercanos a un anfiteatro se percataron de que allí vivía alguien. Tardaron poco tiempo en descubrir que había una niña vestida de manera desaliñada, con una falda hecha de puros remiendos y con un gran chaleco. La niña decía llamarse Momo, quien tenía cien o ciento dos años y, al parecer, no sabía leer ni escribir. La gente que había alrededor decidió cuidarla.

Entonces vinieron los niños y los mayores y trajeron la comida que les sobraba, uno un pedacito de queso, el otro un pedazo de pan, el tercero un poco de fruta y así los demás. Y como eran muchos niños, se reunió esa noche en el anfiteatro un nutrido grupo e hicieron una pequeña fiesta en honor de la instalación de Momo. Fue una fiesta muy divertida, como

sólo saben celebrarlas la gente modesta. Así comenzó la amistad entre la pequeña Momo y la gente de los alrededores (Ende, 1973. p. 7).

Toda amistad que empieza compartiendo alimentos e historias está destinada a la felicidad que no cesa. Más tarde, en la historia de Momo, aparecen los Hombres Grises vigilando la ciudad y empiezan a dominarla. Los agentes se acercan a los habitantes cercanos al anfiteatro y les muestran con diversas cuentas el cómo han desperdiciado su tiempo, y los convencen para que se suscriban a la Caja de Ahorros del tiempo. Es Momo quien se enfrenta a ellos, recordándole a la gente la importancia de escuchar historias para humanizarse.

En su texto *El derecho a la literatura*, Antonio Candido (2013) plantea que entiende por *humanización* el proceso que confirma en el hombre aquellos rasgos que consideramos esenciales, como el ejercicio de la reflexión, la adquisición del saber, la buena disposición para con el prójimo, la depuración de las emociones, la capacidad de penetrar en los problemas de la vida, el sentido de la belleza, la percepción de la complejidad del mundo y de los seres. Cándido va tejiendo en su texto la tesis de que es a través de la literatura como desarrollamos esa cuota de humanidad, en la medida que nos vuelve más comprensivos y abiertos a la naturaleza, a la sociedad y a nuestros semejantes.

Una buena historia es capaz de saciar nuestra sed de imaginación, de ficción, como le sucedió al rey Shariar con las narraciones de Sheherezade, quien durante mil noches y una noche cautivó a un cruel sultán con su lengua de oro.

A propósito de esa mirada que nos ofrece la literatura de las cosas, comparto un poema del poeta Karmelo Iribarren. Confío en que después de la lectura de este poema no volverán a pensar igual del tiempo y de un reloj.

El tiempo

Increíble,
el tiempo:
no deja
de dar vueltas
no va
a ninguna parte
no duerme
y vive

en un reloj.

En la obra *Selma* de Jutta Bauer, todo empieza con una pregunta dirigida a un sabio; ¿Qué es la felicidad? A lo cual él responde contando la historia de Selma, la oveja que todos los días, al amanecer, comía un poco de hierba, luego enseñaba a los niños a hablar, por las tardes hacía algo de ejercicio, conversaba con la señora Meyer, y, finalmente, se daba una buena siesta. Un día le preguntan a Selma, qué haría si tuviera más tiempo... Queridos lector o lectora, te invito a que te acerques a esa historia de la Oveja, quien afortunadamente ya tiene muy claro qué hacer con su tiempo.

Es un derecho darles vuelo a las propias fantasías, semejante al caballero de la triste figura que imagina una doncella a quien amar, a Dulcinea del Toboso. Así mismo, tenemos derecho a las ficciones, a la diversión, al arte y a la literatura, como lo planteara Cándido; quien manifiesta que el arte y la literatura son bienes irrenunciables si corresponden con necesidades profundas del ser humano. Ahora bien, el autor llama literatura de la manera más amplia a toda creación de toque poético, ficcional, de todos los niveles de sociedad y tipos de cultura. Afirma que no hay pueblo y no hay hombre que pueda vivir sin ella, esto es, sin la posibilidad de entrar en contacto con alguna especie de fabulación. ¿Qué hubiese sido de Don Quijote de la Mancha, sin haberse soñado a una Dulcinea? Seguramente sus días serían un camino más ligero a la propia tumba. Es por medio de las lecturas de ficciones en la que se confirma su humanidad al hombre; humaniza en el sentido profundo, porque hace vivir.

Tercer horneado: Bizcochos combinados entre literatura, conversación, alimentación y formación.

Es de noche...invierno. Un viejo lobo se acerca al pueblo de los animales. La primera casa es la casa de la gallina. El lobo llama a la puerta, toc, toc, toc. “¿Quién es? pregunta la gallina. El lobo responde: “Soy el lobo”. La gallina se alarma. “¡El lobo!”. “No tengas miedo, gallina, soy viejo y no tengo dientes. Deja que me caliente en tu chimenea y que me prepare una sopa de piedra.” La gallina vacila; no está tranquila, claro, pero es curiosa. Nunca ha visto un lobo de verdad, sólo lo conoce por los cuentos... además le gustaría probar una sopa de piedra. Entonces abre la puerta. Este es el comienzo del cuento

“Una sopa de piedra” de Anais Vaugelade, una escritora de Polonia que retrata un encuentro alrededor de un alimento. Una excusa para preparar una sopa de piedra se convierte entonces en la oportunidad para conocer al otro, a través de la conversación. En el libro *Sinfonía gastronómica* (música, eros y cocina) de Roberto Iovino e Ileana Mattion, cuentan que hubo un tiempo en que sentarse a la mesa significaba compartir con otros la alegría de degustar un plato exquisito, saborear un buen vino, abandonarse a los placeres físicos e intelectuales. El libro hace una recopilación de una serie de detalles de los primeros banquetes hasta la actualidad, y a su vez de aquellos tiempos en que los sabores aparecían adornados por una bella melodía, de las pasiones que puede provocar una mesa puesta con elegancia, una deliciosa comida, la bebida apropiada y una música cautivadora. Un goce completo para los sentidos.

Cocinando con la Toya es uno de esos banquetes que suceden en espacios de formación no convencionales. Lo lidera La Toya, un trans que se reúne con mujeres de los barrios periféricos de Medellín a cocinar y a hablar de sus cotidianidades. Escriben y leen sus propias recetas. Algunas de estas mujeres han vivido en carne propia el flagelo de un país indolente ante el desplazamiento forzoso o la desaparición de seres queridos. Estos encuentros con La Toya son una manera de construir una memoria y de encontrar sosiego en un grupo de nuevos amigos. Considero que la escuela debe ampliar su mirada a otras experiencias de comunidades para la enseñanza de la literatura.

En el texto “La enseñanza de la literatura desde su dimensión estética”, el profesor Rodrigo Arguello expone que la literatura ha ido perdiendo en el ambiente educativo su poder de asombro y de sensibilización, su poder integrador, su capacidad para una formación ética y política. Para Arguello esta crisis se debe a dos grandes factores: en primer lugar, a la gran demanda de productividad que exige la sociedad actual y, en segundo lugar, a la manera como se aborda la enseñanza de esta en la que se privilegian enfoques de teoría y modelos. El profesor reflexiona entonces sobre qué pasaría si la literatura perdiera su propia esencia, su sensibilidad, su estética. Por ese motivo hace el llamado sobre la vital importancia de devolverle el papel que le corresponde y enfatiza que, gracias a su naturaleza estética y comunicativa, debe crear puentes con las otras artes y disciplinas. El autor menciona que para rescatar esa dimensión estética de la literatura hay que volverla a traer a casa, a tener el libro en el aula.

Cuarto horneado: Al calor de la palabra.

El poeta Jorge Luis Borges siempre imaginó el paraíso como una especie de Biblioteca. Entiendo el paraíso como ese otro mundo paralelo, donde las posibilidades tienen cabida, donde se conversa con los animales como en los cuentos de hadas. La biblioteca es pues el lugar donde la palabra encuentro adquiere matices y se transforma en la medida en que sea nutrida con las propias historias. Parafraseando al poeta argentino, yo siempre imagino un banquete o un espléndido restaurante como una especie de biblioteca, en la que los libros se nos ofrecen como alimentos para llenarnos de preguntas y asombros. Para ello es preciso disponer nuestros sentidos, ya que también sospecho que no sólo leemos con nuestros ojos, sino que leemos con el paladar a flor de piel. No en vano Alia Muhammad Baker, directora de la Biblioteca Central de Basora, en Irak, en el año 2003 elige un restaurante cercano de la biblioteca para proteger de la invasión a los libros de la colección. Oculta los libros en las casas de sus amigos y en especial en el restaurante de Anis Mamad, el Hamdan, que tiene fama de ser uno de los mejores de Basora. Así, en medio de mesas con manteles, junto con ollas y cucharas, reposaban los libros.

“La biblioteca fue un encuentro extraordinario porque yo modifiqué el curso de mi vida”. Son las palabras de una mujer llamada Zohra que comparte su testimonio en el texto *Elogio del encuentro*, de Michele Petit. Zohra dice que en una biblioteca logra verse con otra mirada, y es en ese lugar donde se empiezan a cocer las decisiones del corazón. Toda historia compartida con otros se convierte en un plato preparado con matices y sabores, decantados por la vida misma. Mientras existan estos lugares de encuentro, en medio de la vastedad de estos tiempos modernos, habrá esperanza para contemplar, para degustar y encontrar el propio gusto a la vida.

Una biblioteca, entonces, no es sólo un lugar donde los libros esperan silenciosos en los estantes a un lector desprevenido, sino que al tiempo puede ser un punto de encuentro propicio para leer junto a otros, para ampliar su mirada de otras comunidades por medio de la conversación, para reconstruir la propia experiencia humana a través de la palabra. Por ese motivo, el lugar elegido para cocer en compañía desde la alimentación, la literatura y la conversación fue la Biblioteca Comfama Bello, ubicada en el municipio de Bello, en el edificio de Comfama que está situado en el perímetro urbano del municipio. La Biblioteca

se remonta a los últimos meses del año 1959, cuando un comité de asuntos sociales de la empresa Fabricato puso en marcha la idea en forma rudimentaria, pero efectiva en su totalidad, de instalar un préstamo de libros. Fue así como se compraron algunos libros y se colocaron estanterías en forma provisional a la salida de la fábrica, bajo la supervisión de un trabajador, para que los empleados llevaran libros a sus casas y disfrutaran de la buena lectura en sus ratos libres. Posteriormente, se adecuó una pequeña sede en la cafetería de la fábrica, a cargo de una bibliotecóloga y un auxiliar.

En un comienzo la finalidad de la biblioteca era satisfacer las necesidades de información del trabajador de la empresa y su familia, posteriormente, debido a la escasez de bibliotecas y al gran número de usuarios del municipio de Bello, se extendió el servicio de consulta a la comunidad; el préstamo era exclusivo para el personal vinculado a Fabricato. En marzo de 1994, se estableció un convenio entre la empresa textil y Comfama para ampliar la cobertura y ofrecer nuevos servicios, además de nuevas alternativas que mejorarían las condiciones educativas y culturales de la comunidad bellanita. No en vano en el manifiesto que elaboró la UNESCO, acerca de la biblioteca pública, reconoce: “La biblioteca es una fuerza viva al servicio de la cultura y de la información y un medio para conseguir la paz y la comprensión internacional”.

La Biblioteca Comfama Bello fue el epicentro de las emociones que surgieron a partir de la cartografía del propio gusto y otras indagaciones a través de los sabores que alentaron la conversación en los asistentes al Club de lectura Entre letras, que en su mayoría eran jóvenes y adultos. Este Club empezó a reunirse desde el sábado veintisiete de mayo de 2017, con una periodicidad semanal. Allí, los jóvenes y adultos lectores han compartido sus impresiones en torno a la vida y obra de un autor de literatura universal. Actualmente cuenta con una asistencia promedio entre doce y veinte personas. La mayoría de los asistentes son estudiantes de grados superiores de bachiller académico, otros son estudiantes de pregrado, de distintas áreas del conocimiento; humanidades, salud, administración de empresas o deporte. Vale mencionar que entre los adultos algunos ya han finalizado una carrera universitaria. A pesar de la variedad de intereses entre los asistentes, el Club de lectura tiene como propósito ofrecer una guía de lecturas, de distintos temas y géneros literarios, ya sean; epistolar, novela, cuento, ensayo, crónica y poesía que puedan potenciar el proceso lector de cada uno de los asistentes.

La Biblioteca Comfama Bello y los restaurantes Botaniko, Tabun, Brasilia y Aula fueron los escenarios para conversar a partir de los recuerdos que surgen por medio de los sabores. El primero de los espacios es para los lectores del Club de lectura Entre Letras y el segundo destinado a los comensales invitados a los talleres del Festín de LEO; dicho espacio surge como una posibilidad de encuentro en lugares no convencionales de formación alrededor del formato de un banquete, donde un grupo de personas se reúnen con una periodicidad mensual para compartir lecturas e historias mientras se degusta un alimento. Además, se pretende que en cada sesión haya un componente de lectura, escritura y oralidad en torno a la relación de los alimentos y la literatura.

Tras la búsqueda de un sabor: propósitos

Ante la presencia de un plato con comida recién servida parece ser que los sentidos se agudizan, y semejante a los astros que giran en su órbita alrededor del sol, de esa manera nos sometemos al encanto de un alimento. Por algo se dice que no hay amor más sincero que el amor a la comida. Cuando estamos frente a un plato, el mundo alrededor pasa a un segundo plano o, mejor dicho, todo se siente de una manera más plena. El cuerpo mismo empieza a vivir un preludio, preparando las papilas gustativas, a uno se le hace agua la boca, literalmente, antes de que el alimento haya tocado la lengua. Ahora bien, si acaso esos placeres se viven en compañía de nuestros seres amados o con desconocidos, que dejan de serlo en el preciso momento de estar cercanos a la mesa. Es ahí, en ese lugar y en ese momento donde surgen las confesiones o las historias, transformando el comer de una acción estéril a una experiencia de vida nutrida en compañía con el otro.

A mí me sucede lo mismo ante este trabajo de grado, que se presenta ante mis sentidos y pensamiento como una cocción cuyo sabor es el acontecimiento de una pregunta: ¿Qué poéticas de lo sensible y experiencias de comunidad se cuecen alrededor de la literatura, la alimentación y la conversación?

Como maestro en formación inspirado en el arquetipo de un cocinero que sale a la búsqueda de los ingredientes frescos para mezclarlos y preparar el plato soñado, ese cocido que primero ha degustado en sus reflexiones, orienté mis intenciones hacia el delicioso propósito de reconocer las poéticas y las experiencias comunitarias que acontecen alrededor de la palabra, la alimentación y la conversación en distintos espacios de formación.

Además, descifrar en ese cocinado de qué manera se reconstruye la experiencia humana a la luz de la propia cartografía del gusto, comprender de qué forma se pueden inspirar otros aromas para la enseñanza de la literatura tanto en la escuela como en otros escenarios educativos.

La palabra degustada: justificación

Toda receta tiene una historia que se transforma mientras va pasando de mano en mano, mientras va viajando de un lugar a otro. A medida que pasa el tiempo se adapta a nuevos caminos. De una receta hay tantas posibles como rostros en el mundo. Nunca será la misma. Hace unos años atrás degusté por vez primera la salsa tahine, me acuerdo de que fue en la última noche de un diciembre en la casa de una familia sirio-libanés, en la calle Los Turcos en Magangué. Jamás olvidaré el fuerte sabor de la pasta de ajo mezclada con jugo de limón. Ese sabor está unido al recuerdo de esa familia querida. Desde entonces he iniciado un recorrido probando muchas versiones del tahine. Unas me parecen más suaves, otras de textura gruesa, o con menos limón. Cada vez que estoy frente a un plato de tahine procuro descubrir sus tonalidades. Se ha convertido para mí en una deliciosa obsesión, descifrar cuántos ingredientes fueron precisos para su preparación. Cierro los ojos y me esfuerzo en imaginar el sabor de esos recuerdos.

El Tahine siempre estará unido a mi memoria como una experiencia de la generosidad y el acto de compartir, de celebrar o conjurar un momento por medio de los alimentos. Sin duda la salsa árabe sabe más rica si se degusta en compañía. Es en esos momentos cuando salen a flote los recuerdos. Creo que esa era la manera en que la familia sirio-libanés residente en el puerto de Magangué se conectaba con su lejana tierra de cedros libaneses. Es en ese acto de encuentro por medio de los alimentos donde nacen las historias.

Lo que nos pasa en esos momentos cuando nos alimentamos en compañía de otros, dándole audiencia a los recuerdos por medio de los aromas, es lo que ha despertado mi curiosidad. Sin duda esa experiencia de nutrirnos nos transforma, como los alimentos crudos cuando entran en contacto con el fuego, ahora, pienso qué puntos de encuentros yacen entre esos banquetes y los espacios de formación literaria. De hecho, se podría pensar que hay similitudes entre el verbo comer y leer, el primero alude a ingerir elementos sólidos o semisólidos masticándolos o deglutiéndolos, y el segundo significa

pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres. No en vano se emplean expresiones relacionadas con el acto de comer para referirse a la apropiación de un saber; devorar un libro, tener hambre de conocimiento, esa conclusión es la fruta del postre, digerir un concepto, este libro tiene descripciones picantes, hace comentarios insípidos, el autor desarrolla amargas conclusiones, son entre otros tantos una amplia gama de frases relacionadas con el acto de la alimentación y la relación con el saber.

Ahora bien, ¿qué significa en nuestros tiempos, la experiencia de un Festín donde la palabra es degustada semejante a un manjar, para el campo de la formación en literatura? Sospecho que propiciar estos espacios de comunidad donde se pueda conversar sobre sabores y saberes permite que quienes participan de este no sólo agudicen sus sentidos, sino que se relacionen de una manera poética con lo que les rodea, en este caso con el acto de la alimentación y la literatura que está ligado al territorio íntimo de los gustos y disgustos. Un libro o una historia puede ser presentada como un alimento que nutre nuestra mirada del mundo y a la vez nos educa el gusto estético, igual que aquellas verduras o vegetales que nos aportan energía a nuestro cuerpo, como se dice de la zanahoria que contiene betacaroteno, vitamina A y caroteno alfa. El betacaroteno es un antioxidante que le proporciona el color naranja y es convertido por el hígado en la vitamina A, la cual mejora la vista, previene la ceguera y ayuda a reenfocar después de ver una luz brillante. De la misma manera sucede con un cuento cuando se lee en voz alta y se conversa en compañía sobre las impresiones del relato, permitiendo que se pueda digerir con más facilidad, encontrándole otros matices o sabores.

Considero que hacernos preguntas frente al texto es una manera de catarlo, de digerirlo; ¿Qué dice de mí el texto? ¿Cómo me veo reflejado en él? ¿De qué modo me ayuda a comprender algo que no había comprendido? Más allá de descifrar qué dicen los textos, lo que interesa es comprender qué reacción generan en los lectores y de qué modo los transforman como seres humanos, igual que los alimentos que nutren el cuerpo.

Guardo la certeza de que con este trabajo de grado que dialoga con mis intereses personales -ya que desde siempre me he sentido fuertemente atraído por esa relación íntima que existe entre los alimentos y la literatura- he propiciado espacios de formación y evocación en los encuentros de comunidad donde al calor de la palabra se comparte y se alimenta la vida en compañía.

II

EL SABOR NO SE ENCUENTRA EN LA MANZANA NI EN LA BOCA QUE MUERDE. A PROPÓSITO DEL HORIZONTE CONCEPTUAL

Una vez Cicerón, el filósofo romano, dijo que el placer de los banquetes debe medirse no por la abundancia de los manjares, sino por la reunión de los amigos y por su conversación. Convencido de la certeza de esa frase, he invitado a mi mesa a unos memorables autores que han degustado desde sus oficios el sabor de las letras, que se han preguntado por la formación, que han cultivado un gusto por el asombro que se haya en lo cotidiano, en especial en esos deleites que se dan a través de la pregunta y la reflexión y, claro, desde la palabra, como nos dice el poeta Pablo Neruda, levantándose de su silla, con una copa en mano, dirigiéndola a lo alto, instándonos a brindar con su poema *Las palabras*: *Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas... Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto...* (Neruda, 1974, p.21). En la mesa está dispuesto el plato de mi trabajo de grado que articula, en su horizonte conceptual, la pregunta por los sentidos y comprensiones alrededor de la literatura y la formación, su relación con la vida, la alimentación y la conversación, las poéticas de lo sensible y las bibliotecas y otros lugares de ciudad como espacios comunitarios donde se construye saber.

- **De la literatura y la formación**

Antes de hacer sonar la campana para anunciar el comienzo de nuestro banquete pienso que la experiencia de la lectura es semejante a un aroma que nos da gozo o sencillamente es como la brisa que sale de un abanico de mano. Es algo etéreo que nos refresca, nos hace sentir otras sensaciones en el cuerpo. A su vez, es una experiencia inútil, ya que está lejana de los propósitos de un estado capitalista, en el que todo debe tener un fin útil destinado al consumo. A propósito de mi comparación con un abanico de papel, evoco una entrevista realizada a la poetisa cubana Dulce María Loynaz Muñoz, quien vivía rodeada de abanicos de todos los colores y tamaños, traídos de sus memorables viajes. Le preguntaron por qué

los coleccionaba –Son bellos– respondió, con una voz clara, caribeña. Luego de una breve pausa, acariciando con su mirada los estantes en los que estaban expuestos a la contemplación de los visitantes, añadió: – son las cosas más bellas e inútiles. A las cosas bellas no se les puede pedir más que su belleza. Así mismo es la experiencia de la lectura, se nos olvida que sólo se le debe pedir su capacidad para el asombro, para que el lector, como bien dijo Anne Michaels, “detenga la lectura y dirija su cabeza hacia aquellos que ama, y los contemple con una mirada nueva” (Michaels, 2001, p. 8).

El encuentro con la lectura es nuestro primer contacto con los paisajes de la imaginación, esos territorios creados por el lenguaje, que se yerguen enteros ante nosotros, y ya no nos atrevemos a decir si es o no es real. Paisajes que están hechos del mismo material de los sueños. Basta decir las palabras “*Había una vez*”, para que otro mundo poblado de nuevos seres se nos deleve a nuestros sentidos. ¿Quién no ha vivido otras sensaciones en el cuerpo al leer una historia? Recordemos las primeras líneas del cuento *Caperucita Roja*, de los Hermanos Grimm:

Había una vez una dulce niña, a la que todo el mundo le gustaba, pero sobre todo la adoraba su abuela, una vez con sus propias manos le tejió una caperuza de terciopelo rojo. Debido a que le iba muy bien, y que ella se la ponía todo el tiempo, llegó a ser conocida como Caperucita Roja. (Grimm, 2006, p.17).

Como por arte de magia, nos vamos imaginando a esa niña y sintiendo en nuestra piel, el algodón de la caperuza de terciopelo y nos llenamos de curiosidad, igual que la protagonista por los ojos grandes, las largas orejas de la abuela. Es como si estuviéramos viviendo doblemente. Hay un estrecho lazo entre la vida y los libros, como si la primera arrojara luz sobre los segundos y estos, a su vez, el universo de las ficciones a aquella. El lector encuentra en la lectura de textos literarios una relación íntima con la vida, que lo acerca a su condición de humano. Dentro de ese universo ficcional encontramos, entre otros, los cuentos.

Así pues, en un primer momento invito a mis comensales a imaginar cómo sería el mundo sin los cuentos, sin los relatos que nos compartimos en nuestra cotidianidad. Sería un mundo insípido, dice Michele Petit, y al instante rememora su libro *Leer el mundo. Experiencias actuales de transmisión cultural* (1995). “Sin relatos, el mundo permanecería allí, indiferenciado; no nos sería de ninguna ayuda para habitar los lugares en los que

vivimos y construir nuestra morada interior” (Petit, 1995, p.12). De la misma manera, el escritor Gustavo Martín Garzo con copa en mano nos dice que en el prólogo de su libro *Una casa de las palabras, a propósito de los cuentos maravillosos* (2013), escribió: “Un cuento es una casa de palabras, un refugio frente a las angustias que provocan las incertidumbres de la vida”. (Martín, 2013, p.12). A su vez, Octavio Paz, tomando un sorbo de vino, precisa que la misión de la poesía es volver habitable el mundo, y eso es también lo que hacen los cuentos: crear un lugar donde vivir.

Hemos quedado en silencio alrededor de la mesa saboreando esa pregunta. De repente, como si exhalara un suspiro, como si un recuerdo de niño se hubiera asomado en sus ojos, el profesor Fernando Bárcena nos dice: “La lectura viene asociada a menudo al tiempo primordial de la infancia, al tiempo de las primeras lecturas” (Bárcena, 2001, p.32). Guarda silencio. Como una epifanía vemos en los ojos de cada uno un recuerdo de niño que se asoma en los ojos. Un recuerdo que nos toma de la mano y nos lleva a cada uno a ese encuentro con las primeras lecturas. En mi caso, recuerdo a mi abuela contándome la historia de brujas que se subían a las ramas de los inmensos tamarindos a susurrar como el viento y del canto del pájaro Yaacabó, ave de mal agüero que vaticinaba la muerte de quien escuchaba su canto semejante al sonido de su nombre, anunciando el fin. El momento esperado para contar esas historias era después de los alimentos o cuando la noche ya había llegado. Imagino que comenzar la vida, privado de las historias, es como empezar a vivir sin esos alimentos esenciales en los que podemos nutrir nuestro entendimiento del mundo. Imagino que vivir la vida sin la magia que tienen las narraciones, es como perder el gusto de la vida, sería como andar por la tierra insípidos de toda emoción. Sufriríamos una apatía por la vida misma, sospecho que estaríamos carentes de sentido del gusto por vivir, ignoraríamos a qué sabe una ilusión y no sabríamos disfrutar de la imaginación que palpita en el corazón de la vida, como un pájaro con alas, que, por tener alas, sabe que su destino es el cielo despejado.

Recordé las palabras de Martín Garzo, cuando mencionó que los cuentos no sólo son importantes por las enseñanzas que contienen, sino porque prolongan el mundo de las caricias y los besos de los primeros años de la vida y devuelven al niño al país indecible de la ternura (Martín, 2012, p.9).

Desde mi silla, observo a los invitados, cerca se encuentra el maestro Fernando Vázquez Rodríguez, quien aporta a la reflexión en su texto “El Quijote pasa al tablero. Algunas consideraciones sobre la enseñanza de la literatura” (2004.) En esas páginas prefiere decir “dar de leer” a ese acto de lectura para otros. Me uno al pensamiento del profesor, ya que el docente, o mediador de lectura, hace algo semejante a cuando se entrega una fruta, un manjar, un dulce. Lo que está haciendo es ofrecer otro tipo de alimento para el alma, la imaginación o como se desee llamar.

Rodrigo Arguello hace sonar un tenedor en el borde de una copa vacía y nos advierte que hace algún tiempo la literatura ha ido perdiendo su poder de asombro. Es inevitable que todos y cada uno dirijamos nuestra mirada hacía él, quien continúa exponiendo su conjetura. Dice que esa situación de abulia se debe a dos grandes factores, el primero a la gran demanda de productividad que exige la sociedad actual, llamada por Daniel Bell como “sociedad de rendimiento”; y el segundo se debe a la manera como se aborda la literatura cuando se enseña, ya que se han privilegiado otros enfoques, teorías y modelos que nada tienen que ver con lo estético. El profesor Rodrigo con un tono preocupado, nos dice que si la literatura pierde su propia esencia -su esencia estética -y también su poder de comunicarse con otras artes y disciplinas, “¿qué queda, entonces, de ella y su relación con la construcción de un nuevo sujeto? ¿Qué poder de ensoñación tiene la literatura y qué capacidad para crear mundos posibles que puedan hacer resistencia y puedan desvigorizar una realidad que muchas veces nos resulta insoportable y aplastante?” (Arguello, 2007, p. 2)

Pienso entonces que la dimensión estética de la literatura es como la sal que le da sabor a la experiencia de la lectura. Harold Bloom afirmaba que el valor estético puede reconocerse o experimentarse, pero no puede transmitirse a aquellos que son incapaces de captar sus sensaciones y percepciones. El reclamo que hace este crítico norteamericano en su Canon Occidental tiene que ver con que sus colegas hayan reducido la literatura a pura ideología. En cierta medida ese exterminio de la estética era una negación de los sentidos, como borrar ante la vista las dimensiones emotivas, afectivas, metafóricas y simbólicas propias del texto artístico. Me pregunto si acaso es necesario entrenar los sentidos para los asombros que se levantan de la página. El profesor nos dice que cada vez nos distanciamos de los textos tanto física como literariamente. Basta quedarse en silencio para poder

escuchar la voz de la añoranza a través de su mirada, él suele decir que para rescatar la dimensión estética hay que volver a traer la literatura a la casa. Dice -y su voz es de un sabor semejante al anhelo-, que es preciso tener el libro en el aula. Hay que escuchar de nuevo la voz de los libros a través de las voces de los padres, del profesor y del estudiante. Es claro que la misión de volver a traer la dimensión estética, esa manera poética de habitar la lectura es un llamado a todos los que hacemos parte de una comunidad educativa. No hay duda de que la lectura en voz alta, de un cuento, de un poema o de una novela, es el mejor poema, cuento o novela que se escribe en los espacios familiares, en el espacio escolar o universitario. Lo esencial es recuperar esos momentos en todos los espacios, y que sean como esos postres que nos hacen volver una y otra vez a la degustación.

Entre los comensales, se encuentra el profesor Joan-Carles Mélich, quien levanta su copa y nos insta a brindar por una educación ética basada en la sabiduría de lo incierto, esto es, la práctica educativa como la apertura a la incesante transformación, ambigua, transgresora, sin verdades absolutas.

-Brindemos por un punto de vista literario, dice en voz alta.

De manera unánime. Sonreímos y brindamos.

El profesor Mélich nos había dicho que los seres humanos experimentamos la realidad de formas diversas, pero siempre de manera cambiante. La realidad es tan avasalladora, pienso, que a veces no nos deja espacio para hacer una pausa, ya sea para meditar lo que se vive o sencillamente para reinventarnos. Según el profesor, los seres humanos buscan un punto de vista para darle un sentido a la realidad y muchos encuentran asideros en ámbitos como el metafísico, religioso o tecnológico. No obstante, según él, estos puntos de vistas son endeble, ya que sólo dan cuenta de una parte del entramado de las circunstancias, limitando no sólo la mirada de las cosas sino también la amplitud de pensamiento. De ahí que se corra el riesgo de que, en vez de alentar la diversidad de ideas, se estanque en la posición de un adepto, que creará ser dueño de una verdad absoluta. Nos dijo que el lenguaje literario no tiene miedo de mostrar la realidad inmediata en su incesante transformación. En atención a ello, infiero que la literatura se convierte como un universo infinito de posibilidades, capaz de traducir en lenguaje el flujo mismo de la vida.

Puedo percibir en el aire el aroma de mi plato de trabajo de grado y a su vez sigo degustando las reflexiones de Mélich como si fuesen vino, empiezo a catar y me pregunto

¿qué es una educación desde el punto de vista literario? ¿Es acaso vivir rodeado de metáforas o de otras figuras literarias? ¿Una educación desde el punto de vista literario es una manera discreta de evadir la realidad? Me genera inquietud y ante la presencia de los demás comensales le doy audiencia a mi pregunta. Mélich menciona en su artículo “La sabiduría de lo incierto, sobre ética y educación desde un punto de vista literario” (2003) para darme respuesta. Dice que, si bien vivimos en una época de desasosiego, recordando al poeta Fernando Pessoa, en el tiempo actual ya no es posible descubrir instancias metafísicas portadoras de sentido. Es por ese motivo que la vida se torna invivible. Ante ese destino vacuo, es la imaginación que se ofrece como lumbre, esto es, una razón literaria capaz de ofrecer sentido a los seres humanos, la posibilidad de inventar sentidos, como lo hizo el poeta Pessoa, quien, a falta de amigos para conversar sobre sus teorías literarias, creó una pléyade de heterónimos, personalidades ficticias que se manifestaban por medio de la escritura. Estoy convencido de que Fernando Pessoa vivió a plenitud su propia frase: “Sé plural como el universo”.

Semejante a esos sabores que se quedan en la boca, y siguen durando a pesar del paso de las horas, se me ha quedado el sabor de la frase “la imaginación, esto es, una razón literaria capaz de ofrecer a los seres humanos la posibilidad de inventar sentidos” (Melich, 2003, p 12.). Es inevitable recordar el cuento *El ahogado más hermoso del mundo*, (1968) de Gabriel García Márquez, que narra la historia de un pueblo que está a orillas de un mar, un caserío de veinte casas de caña brava con puertas estrechas y techos de palmas, con patios áridos y caminos llenos de desolación, donde los vientos son tan fuertes que las mujeres andan con el temor de que se lleve a sus hijos. Una mañana un grupo de niños ven cómo se acerca a la orilla un promontorio oscuro, y se hacen la ilusión de que es un barco enemigo. Cuando por fin llega a la orilla, descubren que es un ahogado, y empiezan a jugar con él, enterrándolo y desenterrándolo en la arena hasta que alguien da aviso a los hombres del pueblo. A partir de ahí empieza la odisea de conocer el origen de ese ahogado que es tan grande casi como un caballo y que pesa más que todos los muertos conocidos, como si el agua se le hubiera entrado hasta en los huesos. Mientras le van quitando la rémora con fierros de desescamar pescados, las mujeres se quedan sin aliento al comprobar que no sólo es el más grande, el más viril y el más hermoso que hayan visto jamás, sino que aun cuando lo están viendo no les cabe en la imaginación. Basta desconocer el pasado de ese ahogado

para que cada uno de los habitantes de ese pueblo se imagine toda una vida, hasta lo bautizan y le eligen un padre, una madre, un hermano, entre todos. Este cuento me recuerda de una manera hermosa cómo es preciso habitar los días con imaginación. Ya nos recordaba Larrosa que la imaginación está ligada a la capacidad productiva del lenguaje, no en vano fictio viene de facere, lo que ficcionamos es algo fabricado y, a la vez, algo activo. La imaginación, como el lenguaje, produce realidad, la incrementa y la transforma. Sinceramente vivir la vida con imaginación hace que sea mucho más intensa y con más sabor. Es lo que pienso entre mis comensales.

Una vez, la poeta Emily Dickinson, quien conoció lugares lejanos sin ir más allá del jardín de su casa en Amherst, escribió estos versos: “*Para viajar lejos, no hay mejor nave que un libro*”. Considero que la lectura literaria no sólo nos provee de un cuerpo para vivir otras realidades ficticias, sino que también participa en la elaboración de la propia subjetividad. El profesor Jorge Larrosa ha reflexionado sobre la necesidad de pensar la lectura como formación, pues implica pensarla como una actividad que tiene que ver con la subjetividad del lector: no sólo con lo que el lector sabe sino con lo que es. En el paisaje de la literatura universal podemos encontrar personajes como el hidalgo don Quijote de la Mancha, quien a sus cincuenta años y después de haberse leído todos los libros de caballería, sale de casa detrás de esas ensoñaciones producidas por las historias. La lectura entonces es algo que nos forma, nos de-forma o trans-forma. Nos hace ponernos en cuestión con aquello que somos. A veces un libro funciona como una especie de artefacto que nos permite ahondar en las propias emociones, como un oráculo que da respuesta a las más viejas preguntas. Nos permite aprender a nosotros mismos, como a través de un espejo, de otra lejanía. Dicen que de acuerdo con la vida que se tiene el verso llega. Es una manera misteriosa de hallar respuestas en lo que otros han escrito. Recuerdo que, en cierto momento de incertidumbre para tomar una decisión, me encontré con un haiku del poeta Basho:

*Un viejo estanque
salta una rana
Ruido del agua*

Ese poema breve japonés, de una imagen sencilla que para mí significó la valiente decisión de una rana al abandonar lo conocido, lo antiguo, para lanzarse al vacío, a lo nuevo. Me hizo reflexionar sobre mi propia condición de vida. Es como si esa rana fuera mi

reflejo, invitándome con su acto a ser audaz. Me gusta pensar que la experiencia de la lectura nos permite, a los lectores, preguntarnos sobre cuestiones existenciales que se encuentran en el contenido de las obras, como los celos, la tristeza, la bondad, el amor, la muerte, y no sólo reducir el encuentro con un texto literario a hablar de las formas literarias.

Borges dijo que la lectura se parece al sabor de una manzana. El sabor no se encuentra en la manzana ni en la boca que muerde, sino en un encuentro entre ambas. No hay sabor sin boca dispuesta a morder y sin manzana disponible para ser mordida. Todo encuentro que se da entre un lector y un libro es el comienzo de acontecimientos inimaginables.

- **De literatura, vida, alimentación y conversación**

Todo gesto de alimentar a otros nos remonta de manera ineludible a esos primeros días de la infancia, en donde los adultos protegen a los niños y le proveen de alimentación, asegurándoles un bienestar. Lo mismo, pienso, hace quien lee a otros, si da textos de un sabor sorprendente, entonces está procurando una dieta saludable, cultivando un gusto literario que acompañará al lector durante toda la vida, llenándole los días por venir de un delicioso asombro.

Para los japoneses, además de los cuatro sabores que podemos experimentar en nuestra lengua, como salado, dulce, amargo y ácido, hay un quinto y es nombrado Umami, el cual es la capacidad de saber qué tan frescos son los alimentos que llegan al paladar. A mí me parece que el umami es parecido al asombro, ese acto consciente de estar presente. Elijo pensar que cada uno de nosotros tiene ese sabor dormido en su lengua, todo consiste en despertarlo siendo conscientes al ingerir un alimento. Es la capacidad de dejarnos afectar por lo que llega a nuestros sentidos. Algo parecido debe ser la experiencia de la lectura que nos despierta otras sensaciones y perspectivas de la propia existencia. Por eso considero de vital importancia la presencia de un docente o mediador de lectura que haya cultivado su gusto de textos literarios, a partir de un ejercicio rumiante y consciente de la lectura, quien semejante a un cocinero, presenta ante sus comensales las más sabrosas ficciones.

Me digo a mí mismo que la literatura es como un alimento del espíritu para vivir con imaginación. ¿Qué significa estar bien alimentado por medio de lecturas? ¿Qué espacios son propicios para que el acto de *dar de leer* sea abundante y ofrecido con pasión?

Es grato pensar que los libros son eso, alimentos ricos y nutritivos que nos garantizan una buena salud lectora enriqueciendo nuestra capacidad de reflexión ante la existencia. Como diría el profesor Vásquez, la enseñanza de la lectura no debe limitarse a enseñar a deletrear un código, sino a intuir y reconocer esos buenos libros que por sus contenidos nos hagan vivir una experiencia única, de esa manera estaríamos lejos de padecer trastornos de salud lectora, como la apatía a leer ciertas obras, resultado de lecturas obligatorias reduciendo el placer a un compromiso académico. Da gusto pensar las obras literarias como manjares, que son elegidas por los maestros con sumo cuidado, tal vez del inventario de libros de sus afectos, procurando que esas lecturas, llenas de contenido no sólo nos formen un gusto estético, sino que más allá de sus páginas nos puedan nutrir y darle más sabor a nuestra relación con la existencia, colmándola de más poesía.

Reciclando

Cuando papá en un ataque de rabia mató al gato,
a mi gato Bartolo
porque metió la cola entre su caldo
y porque ya era viejo y no cazaba como debía ratones
y además era caro mantenerlo,
cuando papá borracho lo mató con sus manos,
hubo una gran algarabía en casa.
Vinieron todos, todos;
mi hermana dijo: guárdenme los ojos
para un par de zarcillos, y Martino,
nuestro vecino, se pidió las tripitas
—sirven para hacer cuerdas de violín—
y mi mamá, que al principio lloró, lloró conmigo,
quiso la piel
para ponerle cuello a su chaqueta,
y los bigotes
se los pidió mi hermano Eladio el que es mecánico,
y los cojines de sus patas fueron

lindos alfileros
para la bruja gorda que vive atrás del patio
y es modista.
Lo que sobró lo hirvieron con sal y con cebolla.
Se lo dieron a Luis, que duerme en nuestra calle,
pues también sirve el caldo de gato para el hambre.
Yo me pedí los huesos.
Uno a uno los muerdo delante del espejo de mi hermana
porque dijo mi abuela
que al morder el que toca se vuelve uno invisible.

Piedad Bonnett.

Hay alimentos que al ser mordidos nos hacen ver el cielo, la dicha. Suele suceder lo mismo cuando leemos un buen libro, uno se vuelve invisible a una vida literal y como Alicia en el país de las maravillas, otro mundo se abre ante los sentidos. Una vez le escuché decir a la escritora Ítalo brasileña Marina Colasanti que quien lee es un afortunado porque el sólo hecho de leer, le da la posibilidad de tener una perspectiva de la vida. La filósofa María Zambrano escribió que la palabra poética ofrece un modo otro de participar de la realidad, entendiendo que este otro modo de participación es en el hombre una actitud existencial fiel a la ausencia. ¿Qué significa una actitud existencial fiel a la ausencia? ¿Acaso la ausencia es ese otro territorio de lo que está presente? Semejante al otro rostro de la luna.

En este instante recuerdo un haiku de Issa Kobayashi, un poeta japonés que se detenía a contemplar los caracoles, los gorriones y los cambios sutiles de la naturaleza, el poema es el siguiente:

*¡Qué extraño
estar tan vivo
bajo las flores del cerezo!*

Cada vez que leo este haiku pienso en el asombro de sentirme vivo. En la extrañeza de sentir con plenitud lo que nos rodea. Imagino ese momento de revelación del poeta,

descubrirse sintiendo. Ahora bien, considero que para sentir esa dicha es preciso ser consciente de tener un cuerpo, como bien lo dijo el poeta Rafael Cadenas, “Sólo he conocido la libertad por instantes, cuando me volvía de repente cuerpo” (Cadenas, 2000, p. 100).

Ya lo decía el profesor Bárcena, cuando nos invitaba a vivir una erótica del arte, que es lo mismo que aprender a ver más, a sentir más, a oír más. Para él, la idea de la lectura tiene más relación con una poética del leer, donde creamos un rincón para abandonarnos del desorden de la vida.

No sé si es por el vino o por las palabras que he bebido con el pensamiento que me siento lleno de euforia. O por las dos. El hecho es que siento que es un placer estar vivo. Ahora el haiku de Issa Kobayashi se abre como una flor llena de claridad. Un poema escrito hace más de doscientos años, me invita a apreciar esas flores del cerezo. Vuelvo a mirar a mis comensales con otra mirada, y siento la certeza de que es por medio de nuestros sentidos, de nuestro cuerpo como podemos producir placer, ser el punto de encuentro erótico con otro cuerpo. “En lo erótico busca la palabra ser escuchada, ser vista, ser tocada. Busca comunicar lo incomunicable, que el lector vea, que mire, que escuche, que toque lo que hay y sienta entonces la vida”. (Bárcena, 2001, p. 23)

Dicen que el hastío de la vida se evapora cuando nos encontramos entre amigos, alrededor de una mesa. Cuánta verdad guarda esa frase. Los alimentos han sido también la palabra, ambos al ser ingeridos, al entrar en nuestro cuerpo, en nuestro pensamiento nos dejan distintos. Ya no somos los mismos de cuando nos sentamos. Brindo por este encuentro.

- **De las Bibliotecas y otros espacios donde se construyen experiencias de saber y de comunidad.**

Se dice que, en Egipto, a las bibliotecas se las llamaba el tesoro de los remedios del alma, porque curaba a las gentes de la ignorancia, considerada la más peligrosa de las enfermedades y el origen de todas las demás. La biblioteca es pues el lugar donde un lector sediento de conocimiento puede hallar alivio en los libros, donde se transforma a sí mismo en la medida que nutre su curiosidad. Lo esencial es sentir hambre de conocimiento, de imaginación. Ya lo decía Sócrates: “La mejor salsa es el hambre”.

Por mi parte imagino un banquete o un espléndido restaurante como una especie de biblioteca, en la que los libros se nos ofrecen como alimentos para llenarnos de preguntas y asombros. La experiencia de la alimentación es semejante a la de la lectura, es una relación que sólo se vive entre el comensal y el plato, de la misma manera que el libro y la subjetividad de un lector. Es un acto donde los sentidos hacen parte de esta experiencia. Es una relación íntima entre el texto/plato y la subjetividad del lector / el gusto del comensal. Lo esencial no es lo que pasa, sino lo que nos pasa, recordando a Larrosa. La experiencia es lo que nos pasa. Que los nuevos sabores, pensamientos no sean ajenos a nosotros. Lo que importa es la relación con el texto/ plato y esa relación tiene una condición esencial: que no sea de apropiación sino de escucha. Siguiendo con la metáfora de los alimentos, que sea de un gusto atento. Y es en las Bibliotecas, que también se conciben como espacio de formación donde cada lector puede encontrar su propia inquietud. Así como cada alimento actúa en el comensal de un modo distinto, cada lector vive una experiencia de la lectura distinta. Para ello es preciso disponer nuestros sentidos, ya que también sospecho que no sólo leemos con nuestros ojos, sino que leemos con el paladar a flor de piel, con nuestro cuerpo entero. Toda historia compartida con otros se convierte en un plato preparado con matices y sabores, decantados por la vida misma. Mientras existan las bibliotecas como lugares de encuentro, en medio de la vastedad de estos tiempos modernos, habrá esperanza para contemplar, para degustar y encontrar el propio gusto a la vida.

Cocina

Una cocina puede ser el mundo,
un desierto, un lugar para llorar.

Estábamos ahí: dos madres conversando en
voz muy baja
como si hubiera niños durmiendo en las
alcobas.

Pero no había nadie. Sólo la resonancia del
silencio
donde alguna vez hubo música trepando las
paredes.

Buscábamos palabras. Bebíamos el té
mirando el pozo amargo del pasado,

dos madres sobre el puente que las une
sosteniendo el vacío con sus manos.

Piedad Bonnett

El anterior poema nos recuerda que la cocina, además de ser un espacio para cocer los alimentos puede ser al tiempo, un lugar para la complicidad, para decir en voz baja los secretos y compartir las propias historias. ¿Qué tiene la cocina para que propicie ese ambiente de camaradería? ¿Es acaso la disposición de los alimentos que despiertan los sentidos del cuerpo, tornándolos más atentos? De esa manera pienso que deben aspirar a ser los espacios de formación literaria, un recinto que nos reconcilie con los sentidos, que las historias semejantes a un pan o un vaso de agua sean saboreadas en un principio en nuestra boca, convirtiéndolos en un amasijo de texturas y sabores, para poder encontrarle el verdadero sabor de las cosas, para que puedan volverse uno con nosotros.

III

MOMENTOS DE LA COCINA: INGREDIENTES METODOLÓGICOS

Cocinar entraña sus riesgos. Anita Lo (1965-)

Imagina una inmensa cocina, llena de silencio y de libros con una mesa redonda en donde aguardan los ingredientes, tajadas de pensamientos de los autores que he encontrado en mis lecturas, ahí están dispersos, frescos a la espera de que los mezcle uno a uno. Piensa en un fogón y, frente a él, estoy yo, raspando un fósforo en el borde de su caja para provocar la luz del fuego. El tiempo apremia y debo escuchar mi intuición para saber qué ingredientes mezclar primero. Los sabores del plato, de esta construcción metodológica de mi trabajo de grado que estoy a punto de preparar, deben evocarme su pregunta orientadora:

Qué poéticas de lo sensible y experiencias de comunidad se cuecen alrededor de la literatura, alimentación y la conversación.

Me propongo pues, a manera de cocinero que experimenta con sabores y al tiempo como maestro en formación inquieto por estas relaciones del lenguaje con otros oficios cotidianos como el de la cocina, presentar a su paladar los fundamentos, los pasos e ingredientes de esta preparación.

- **Degustar la vida narrada**

F. Michael Connelly y D. Jean Clandinin en *Relatos de experiencia e investigación narrativa*, enuncian que los seres humanos somos organismos contadores de historias, en pocas palabras, vivimos vidas relatadas. La narrativa es, entonces, el estudio de la forma en que los seres humanos experimentamos el mundo y es la manera de caracterizar los fenómenos de la experiencia humana.

Cuando se invita a los participantes de los encuentros de El festín de LEO y del Club de lectura Entre letras de la Biblioteca Comfama Bello, a darle audiencia a sus recuerdos por medio de los aromas, al mismo tiempo se les invita a convertir esas

experiencias en palabras, a animarlos a reflexionar sobre sus vivencias para que se comprendan a sí mismos y se narren a los demás. Para Connelly y Clandinin, una vida es también una cuestión de crecimiento hacia un futuro imaginario, por lo tanto, implica recontar historias e intentar a revivirlas.

Lo esencial de la investigación narrativa es que da cuenta de que la narrativa y la vida van juntas, de ahí que uno de sus principales atractivos sea su capacidad de reproducir las experiencias de la vida, tanto personales como sociales, en formas relevantes y llenas de sentido. Una de ellas puede ser por medio de un cuento o una receta.

A la luz de lo anterior, considero que la metodología de investigación idónea para el desarrollo de mi trabajo de grado es la investigación biográfico - narrativa, ya que ésta repasa la propia experiencia humana. La narrativa es el nombre de ese campo donde cobra sentido la experiencia que va a ser estudiada. Ahora bien, su estudio está enfocado en la forma en que los seres humanos experimentamos el mundo en pro de darle un sentido en forma de relato. Paul Ricoeur dice que el tiempo se vuelve tiempo humano en la medida en que se articula en forma narrativa. El propósito entonces es indagar sobre la capacidad que tiene el ser humano para contar historias. Christine Delory-Mombenger en su texto *El relato de sí como hecho antropológico*, da cuenta de que el relato transforma los acontecimientos, las acciones y las personas en episodios, intrigas y personajes; ordena los acontecimientos en el tiempo y construye entre ellos relaciones de causa, de consecuencia y de finalidad. De esta manera logra darle un lugar y un sentido a lo ocasional, a lo fortuito, a lo heterogéneo. Los relatos le dan forma a la vivencia y a la experiencia del hombre. Lo narrativo no es solamente el sistema simbólico en el cual el hombre ha de expresar el sentimiento de su existencia, también es el lugar en donde la existencia humana toma forma, en donde se elabora y se experimenta en forma de una historia.

En el texto *La vida: un relato en busca de narrador*, Paul Ricoeur nos dice que lo que Aristóteles denomina trama, no es una estructura estática, sino un proceso integrador. Para Ricoeur la construcción de la trama se presenta en la medida en la que haya una síntesis de elementos heterogéneos. Es decir, darle un orden a los acontecimientos cotidianos o múltiples sucesos para darle forma de historia. Ahora bien, es preciso entender que un acontecimiento es mucho más que una ocurrencia, algo que simplemente sucede. Un acontecimiento contribuye al desarrollo del relato tanto como a su comienzo y a su

desenlace final. Por tanto, la historia narrada es siempre más que la simple enumeración, en un orden seriado o sucesivo, de incidentes o acontecimientos, porque la narración los organiza en un todo inteligible. Ricoeur dice que en toda historia narrada existen dos clases de tiempo, el primero es una sucesión indefinida de sucesos, en la cual es posible preguntar en todo momento: ¿y después? ¿y después?; el segundo tiempo se caracteriza por la integración, la culminación y la clausura, a la cual la historia recibe una configuración. Por tanto, componer una historia es, desde el punto de vista temporal, obtener una configuración de una sucesión. Pienso entonces que preparar una historia es semejante a la elaboración de un plato. A nuestro olfato y gusto, mejor dicho, a nuestros sentidos se nos ofrecen una infinita variedad de aromas y sabores, es preciso escoger los ingredientes en medio de ese desborde de olores y texturas para configurarlos en un plato especial que reunirá la armonía en su sabor.

Ricoeur mencionaba que el tiempo es a la vez lo que pasa y escapa y, por otra parte, lo que dura y permanece. De ahí podemos entender la historia narrada como una totalidad temporal, y el acto poético como una mediación entre el tiempo como flujo y el tiempo como duración. Es posible pensar que el acto poético en un banquete es el sabor que queda. Cada Festín de LEO y las experiencias vividas a través de la relación entre literatura y alimentación en el Club de lectura se vivieron precisamente como una manera de reconciliar relato y vida, en sintonía con una mejor comprensión de nosotros mismos, a través de las historias personales.

Bruner, en su texto *La fábrica de historias*, anota que los seres humanos crean significados en el marco de su propia cultura. Además, reflexiona que raramente nos preguntamos qué forma se le impone a la realidad cuando le damos los ropajes del relato. El sentido común se obstina en afirmar que la forma relato es una ventana transparente hacia la realidad, no una matriz que le impone su forma. De ahí que los seres humanos estén en perpetua lucha entre lo confortable de la previsibilidad y la excitación de aquello que es plausiblemente posible. Una oscilación perpetua entre lo cotidiano y lo que podría ser. La narrativa, incluso la de ficción, da formas a cosas del mundo real y muchas veces, les confiere, además, una carta de derechos en la realidad. El modo en que la narrativa crea realidades tan irresistibles, como para modelar la experiencia no sólo de los mundos retratados por la fantasía, sino también del mundo real, es debido a que la gran narrativa

literaria restituye un aspecto inusual a las cosas familiares, concediéndole a lo habitual, un carácter de extrañeza, que es otra manera de conocer las cosas del mundo, liberándolas de la obviedad y devolviéndoles su naturaleza particular. Por tanto, una narración modela no sólo un mundo, sino también las mentes que intentan darle sus significados.

Ahora bien, la relevancia de esta perspectiva narrativa en el campo de la investigación en educación es que ésta vuelve subjetiva la realidad, y da lugar no sólo a lo que existe, sino también a lo que hubiera podido ser. Es por ese motivo que las vidas no bastan como modelos, sólo las historias sirven. Nuestra vida se enriquece a la luz de los cuentos que hemos leído u oído. Es natural entonces que la razón principal para el uso de la narrativa en la investigación educativa es que los seres humanos somos organismos contadores de historias, y ésta se enfoca en el estudio de la forma en que los seres humanos experimentamos el mundo para luego darle una estructura para ser estudiada, y de esa manera caracterizar los fenómenos de la experiencia humana.

- **Saborear el instante: de festines, clubes y comensales a propósito de las estrategias metodológicas**

El regreso de Natalia Chernysheva es la historia de un viaje. La alegría de un reencuentro. En la caratula del libro se aprecia a una mujer alta que contempla mirando hacia abajo una pequeña casa que tiene un jardín de flores rojas, con un árbol al lado de la entrada, tiene las ventanas abiertas. En las páginas siguientes, uno puede apreciar que la joven vive en la ciudad, por el atiborramiento de inmensos edificios en el paisaje citadino. Además, las avenidas repletas de carros y más carros. Un día, la protagonista de la historia se sube a un bus amarillo e inicia un viaje, cruzando por caminos bordeados de árboles, hasta llegar a un lugar donde no hay edificios. En la distancia, la joven divisa una casa, la misma que aparece en la portada. A medida que se acerca, nota que ella misma es una gigante, se detiene justo en el jardín donde hay una mujer muy pequeña, quien levanta su rostro para sonreír y su sonrisa es correspondida por la recién llegada que sonríe desde las alturas. La pequeña mujer corre abrazar a la joven, pero como es tan inmensa, logra apenas cruzar sus brazos alrededor de la pierna de la muchacha. Es un reencuentro lleno de besos gigantes y sonrisas pequeñas. En la siguiente página, se logra apreciar a la mujer pequeña revolviendo una sopa con un cucharón, desde la olla, el aroma vuela y llega hasta el olfato

de la joven, quien cierra los ojos para disfrutar del olor. Ahora sentadas alrededor de la mesa, cada una vuelve a recuperar su tamaño gracias a los aromas de los recuerdos.

Después de leer *El regreso* se me queda un sabor en mis pensamientos y es la certeza de que para que haya un encuentro con el otro, es preciso un conjunto armonioso en el espacio, de tal manera que los sentidos estén dispuestos a vivir un acto poético a través de la evocación.

Noemí Duran Salvado en su texto *Caminos po(e)sibles, la casa voladora: sobre el hacer poético en la educación*, nos dice que el encuentro con el otro es el corazón de la experiencia artística y también de la experiencia educativa. Durán se pregunta ¿de qué manera los lenguajes artísticos pueden convertir las relaciones personales en un terreno fértil para la educación? Infiero entonces que los lenguajes artísticos predisponen al cuerpo para ser más sensibles al entorno. ¿Qué significa vivir con una mirada poética? La palabra poesía proviene del griego poiein que traduce hacer o crear. Es una acción que implica estar atento para crear a partir de lo que nos rodea. Es un llamado a ser sensibles, a interesarnos por lo que sucede en la existencia. Es una manera de habitar el mundo, creando otros mundos poéticos a partir de lo cotidiano. Durán hace una apuesta por reivindicar el sentido poético de la educación, pide el reconocimiento del poder sensible de nuestros cuerpos y la expresión de su sentir- pensar. Me parece bello y es vital que haya espacios y tiempos para contemplar y reconocer el mundo que habitamos. Es en esa medida como entrenamos nuestros sentidos a ser más sensibles.



Club de lectura Entre letras

Ingredientes: Lectores compartiendo apreciaciones de la lectura del cuento La niña arcoíris, de Marina Colasanti.

.....

Para Durán es esencial que se propicien encuentros poéticos con el mundo y con uno mismo, por eso hace un llamado a despertar la sensibilidad disponiendo la preparación de los espacios acorde con lo que se vaya a trabajar, acomodando los elementos de una puesta en escena que invite a la escucha. Por ese motivo los encuentros de El festín de LEO se realizaron en restaurantes, lugares no convencionales, propicios para el deleite de los sentidos, desde el decorado de las mesas con sus manteles, la melodía de una canción como fondo, y más allá, en la cocina, la sinfonía de los alimentos en plena cocción. A su vez las sesiones del Club de lectura Entre letras, de la Biblioteca Comfama Bello, se presentaron a manera de un Banquete literario, donde los platos del menú eran las mismas lecturas. Hubo además provocaciones, alimentos que se entregaban al azar para darle recuerdo a los paladares.



El Festín de LEO: Sabor a ciegas

Ingredientes: Amigos en el Restaurante Botaniko, sabores a ciegas a la luz de los poemas Animal de oscuros apetitos de Nelson Romero.

- **¿A qué sabor estás?**

Una vez pregunté a los asistentes al Festín de LEO, a qué sabores estaban. Uno de ellos respondió que se sentía con sabor espinoso porque ese día había comido pescado y los acontecimientos de esa jornada le habían recordado lo espinosa que puede llegar a ser por algunos momentos la vida; otro invitado dijo que ese día se sentía con sabor a maracuyá porque recién acababa de tomarse un jugo con alguien especial, otra persona mencionó que a su sabor le hacía faltaba el queso, alguien más extrañaba los sabores en los tiempos que vivía su padre, ya que desde entonces, todo le era insípido. Estas respuestas se nos presentan como una paleta de sabores que nos hablan de personas que tienen una historia para contar desde el gusto.

En un principio invité a unos cuantos amigos de diversos perfiles profesionales, dando cuenta de esa multidisciplinariedad de oficios e intereses para darle más sazón a los diálogos de los encuentros del Festín de LEO; entre los asistentes, hubo biólogos, maestros de literatura, poetas, deportistas, comunicadores y empresarios.

Al saborear las respuestas a la pregunta ¿A qué sabor estas? Podemos avizorar que más allá de los intereses profesionales, el punto de encuentro en cada uno era una evocación.

Lo mismo sucedía con los asistentes al Club de lectura Entre letras, quienes a pesar de que la mayoría eran estudiantes de bachiller, otros recién habían comenzado su pregrado y unos cuantos ya lo habían culminado, el punto de encuentro era a través de los sabores y de las historias que surgían a partir de ello.

Estos sabores se extendieron también a otros espacios como eventos académicos donde tuve la oportunidad de participar como tallerista. Es el caso del *I Encuentro de Prácticas pedagógicas en torno al lenguaje: narrativas, experiencias y creación artística*, realizado en octubre de 2018 en el Tecnológico de Antioquia. Allí se vincularon otros comensales con sus trayectorias lectoras y alimentarias en un banquete que dejó sazones en el corazón y en la palabra.



Taller Sabores y conversas: El sabor de los recuerdos

Ingredientes: Sabores y saberes en el Tecnológico de Antioquia, biografía del gusto y lectura del cuento ¿A qué sabe la luna?

IV

ENTRE EL FOGÓN Y EL ALIMENTO: NARRACIONES COMPARTIDAS EN LA SAZÓN DE LA LITERATURA Y LA VIDA

Se cree que un banquete acaba cuando los comensales se han retirado de la mesa, dejando el mantel arrugado, con rastros de gotas de vino, residuos de salsa o migajas de comida. Las cucharas, los tenedores, el cuchillo y la pequeña cuchara para el postre quedan tendidos, exhaustos al lado de los platos, semejantes a barcos en la orilla. Me digo en voz baja a mí mismo, para no ahuyentar los sabores de la memoria que todavía se percibe en el ambiente, que el festín apenas comienza. Así es.

La mesa misma ahora sin comensales, los platos sucios de alimentos y los vasos vacíos se han convertido en una cartografía revelándome sensaciones de la experiencia de alimentarse, ese acto lleno de rituales que por ser tan familiares y cercanos eran del todo invisibles para mis sentidos. Algo ha quedado en el ambiente, no sólo el aroma de los alimentos que fueron servidos, sino también el eco de las risas, de las copas de vino al chocarse entre sí, el sonido del tenedor y el cuchillo al tajar una rebanada de papa cocida. Sí, algo ha quedado en el aire como un perfume y busco asirlo con mi olfato antes de que sea un recuerdo.

Es la memoria entonces mi lazarillo para volver sobre lo que ha sucedido, releo mis notas, me esfuerzo en recordar sobre esos momentos alrededor del convite. ¿Qué ha quedado entonces después del Festín de LEO y los encuentros vividos en el Club de lectura Entre letras de la Biblioteca Comfama Bello, alrededor de la palabra y la alimentación? ¿Qué poéticas de lo sensible han cobrado vida en estos encuentros comunitarios? ¿Qué ha quedado de la experiencia del encuentro con el otro a través de las palabras y el alimento?

- **El asombro o el extrañamiento ante la comida**

Por un momento me siento como Hansel buscando migajas en el suelo para que me muestren un camino. Miro con suma atención lo que ha quedado sobre la mesa después de

los encuentros en los restaurantes Brasilia, Tabun, Botaniko y Aula. Ante mis sentidos sale a flote la certeza de que en esa experiencia se desnaturalizó el acto de comer, como si se acercara al alimento con otro cuerpo, con un nuevo olfato y gusto para disfrutar los sabores. Siempre he creído que uno no vuelve a acercarse igual a una comida, después de haber conocido algo de su historia. En cada encuentro hubo una evocación histórica de cómo surgieron los alimentos.



El Festín de LEO: Descifrando una comida

Ingredientes: Lupa, papel y lápiz en mano para descifrar el mundo que se oculta a los sentidos de los alimentos.

Puedo decir que lo primero que emergió en estos festines y en las sesiones sobre sabores y conversas en el Club de lectura Entre letras, de la Biblioteca Comfama Bello, fueron la capacidad del asombro, suscitada por el ambiente en el que estaba dispuesto cada Festín de LEO y los encuentros del Club de lectura; el decorado de la mesa, la disposición de las sillas, la música que se escuchaba en el restaurante o el sonido de la campana como preámbulo de las historias en el club, le daban un toque diferente a la experiencia de reunirse a comer, conversar y leer.

La cebolla

La cebolla es diferente.

De vísceras, es carencia.

Es cebolla hasta la médula,
a la cebollil potencia.

Cebolluda hasta el meollo,
acebollada por fuera,
puede calar sus adentros
con mirada certera.

Nosotros, salvajez y barbarie
envueltas en fina piel,
el infierno de lo interno,
y anatomía ardiente.

Pero en la cebolla hay sólo cebolla,
ni intestinos hay ni hiel.

Múltiples veces desnuda,
nunca jamás diferente.

Es un ente coherente,
es una obra maestra.

Una y luego otra dentro,
grande a pequeña abarca,
y pequeña es la grande de otra,
que será tercera o cuarta.

Una fuga hacia el centro.

Eco de batuta diestra.

La cebolla tiene esencia.

Su vientre es una beldad,

que sólo nimbos reviste,

y es su mayor cualidad.

Nosotros: grasa, nervios, venas,

más mucosa y secreción.

Y nos ha sido vedada

su muy idiota perfección.

Wisława Szymborka

Acercarse a los alimentos a la luz de los textos literarios en cada uno de los encuentros realizados, les daban otras texturas ignoradas a los víveres que, al ser liberados de la tiranía de lo familiar, uno los podía ver, oler, palpar con extrañeza. Aun cuando cada sesión era distinta de la anterior, a lo largo de las actividades siempre hubo como propósito el entrenar o provocar el asombro, como si éste fuera otro sentido más, el cual por estar en desuso en nosotros aparece ya adormecido. En la escritura del haiku, poema breve japonés, existe una palabra nipones que no tiene traducción, se trata del Aware, la cual podría tener un significado cercano a una intensa emoción que experimentamos ante algún suceso o existencia de la vida y la naturaleza. Por tanto, es una palabra íntimamente ligada a la sensibilidad japonesa, un vocablo que es una sola emoción, una experiencia única, que se despierta en nuestro interior a partir de algo que acontece en el exterior que nos asombra y que percibimos a nivel profundo. Aware es entonces una simple visión de la realidad en la que se funden espíritu y suceso, lo más cercano a la vida y la naturaleza. Sin la compleja intervención del intelecto, el aware sucede en un instante y nos conmueve a tal punto, que se adentra en nosotros y nos toca el alma. Como cocinero de los encuentros del Festín de LEO y del Club de lectura, éste era mi mayor propósito: que entre los comensales lectores de estas actividades descubrieran ese sentido para acercarse a los alimentos con una mirada nueva. En el cuento *La niña Arcoíris*, de Marina Colasanti, Virginia, la protagonista de la historia, se cae al pocillo de leche y el mundo comienza a cambiar. Es ese el momento en que empieza a vivir una serie de encuentros con habitantes del mundo de leche. El acontecimiento de Virginia fue un ejemplo para que cada uno de los comensales lectores

vivieran su propia inmersión en los alimentos, con lupa, lápiz y papel en mano con el desafío de que convirtieran en relato esas experiencias. Bruner, en *La Fábrica de historias*, pone un acento especial en que la narración restituye un aspecto inusual a lo familiar y a lo habitual “extrañando”, como solían decir los formalistas rusos, al lector, de la tiranía de lo que es irresistiblemente familiar. Parece ser que las cosas que se presentan como obvias ante nuestros sentidos, quedan con un velo que las priva de la posibilidad de habitar el territorio de la utopía. De ahí que la literatura de imaginación, aunque tiene el poder de ponerle fin a la inocencia, no es una lección, sino una tentación a reexaminar lo obvio.

- **Banquete: alimentar la vida en compañía**



El Festín de LEO: Sabor a ciegas

Ingredientes: Amigos en el Restaurante Botaniko, lectura de las propias historias sobre alimentos y vida.

Un adagio dice que los desconocidos son amigos a quienes todavía no conocemos. En los encuentros del Festín en las sesiones del club, hubo un reconocimiento del otro a través de las historias de sus gustos y disgustos. Ante la lectura de un cuento en voz alta, la atención se agudizaba para darle paso a las historias.

Bastó darle un bocado a un alimento y empezar a conversar y a leer historias para que poco a poco se respirara en cada encuentro un aire de camaradería, aun cuando se sabían desconocidos los unos con los otros. Una de las asistentes, expresó una noche que había disfrutado las sensaciones en todos los sentidos, en especial que al principio se sintió un poco tímida al hablar, luego a medida que se degustaba el alimento y se leía se generaba cercanía, que era un encuentro no sólo para consumir comida sino para vivir la magia por medio de un acto cotidiano como el comer. Un principio del asombro, como se pudo constatar en el eje anterior, es acercarse a las cosas del mundo como si hubiesen sido recién creadas. El asombro de volver a hacerse preguntas, de escuchar lo que dice alguien que recién conozco por primera vez. El pretexto fue un encuentro a compartir un Festín. Sin duda cada uno de los asistentes aportó un ingrediente a ese plato de la palabra que se cocinó alrededor de la mesa, desde su propia subjetividad, de su propia historia de vida, de su relación con los alimentos.

Paralelo a los encuentros del Festín de LEO, se realizaron una serie de talleres Sabores y conversas con el Club de lectura Entre letras de la Biblioteca Comfama Bello, una invitación a entrenarlos en el asombro, propiciando un encuentro poético con el mundo y sí mismo, a través de la relación *palabra y alimento*. En cada sesión se le daba paso a una provocación que consistía en un alimento, ya sea una arepa de chócolo, una tostada de maíz con guacamole, pan pita con salsa de tahine y hojaldre, esto con el fin de que los asistentes compartieran sus propias evocaciones a partir de un sabor. Hubo sesiones en las que el acercamiento a los alimentos se presentó de diversas maneras, entre ellas con los ojos vendados, agudizando los sentidos del olfato, el tacto y el gusto. En todo momento, la apuesta era despertar la sensibilidad a través de la degustación de un alimento que estaba íntimamente relacionado con la obra y vida del autor a leer durante la sesión.

Preguntas como ¿A qué sabor estás? era una de las posibilidades para experimentar el propio cuerpo a través de los sentidos. Pude percibir que, a falta de la visión, la mayoría de los participantes se mostraban incómodos. Los más osados tomaron los tenedores y empezaron a explorar los alimentos servidos. El acercamiento por parte de algunos fue un poco temeroso, sin embargo, fue el olfato el guía del encuentro; quedó la impresión de que es preciso un poco de locura para arrojarse a la aventura, de descubrir el mundo que está lleno de manjares.

Además, hubo otros momentos en los que se reflexionó sobre las expresiones que empleamos en la cotidianidad que evocan un comportamiento de canibalismo, como “te quiero comer a besos”. En esos espacios se tejían en conjunto narraciones orales a partir de los propios saberes y de la relación que cada uno de los asistentes había vivenciado con los sabores. Al final de cada sesión, después de haber experimentado otra manera de relacionarse con los alimentos a la luz de las historias, los lectores expresaban que se habían sentido “raros” al agudizar los sentidos, otros decían que se sentían como detectives al seguir la huella de un aroma o un sabor. La biblioteca fue el escenario para la formación literaria a partir de los sentidos y las historias, como una cocina, donde además de nutrir la imaginación fue el lugar para entrenar la sensibilidad que no es más que hacerle una apuesta al sentir, al acto de estar presente, de volver extraño lo natural.

- **Los sabores de la conversación: ese no sé qué sensible de la lengua**

Los encuentros vividos fueron una experiencia sui generis semejante a un sabor nuevo que llega al paladar, unas veces puede ser dulce como una tajada de plátano maduro calado, salado igual al kibbe recién freído, amargo como el chocolate negro o ácido, semejante a la pulpa de tamarindo.

Sabor amargo

En uno de los encuentros alrededor del alimento y la palabra, se invitó a la poeta Marta Quiñonez, quien nos compartió lecturas de los poemas de su libro *El rostro del pan*.

Digo hambre
y como caída de cielo gris
aparece en mis manos
la ración del día
la ración de miseria

Pan de leche
empacado
al vacío.

Marta Quiñonez

Así pues, la palabra *hambre* hizo su aparición ante los comensales. Bastó escuchar esa palabra en un poema para reconocerla, para saber de su existencia y empezar a darle cabida en ese banquete. La poeta Marta Quiñonez -así como es ella, un dechado de golpes sin guantes de seda- nos contó sobre cómo fue la génesis de sus versos nacidos a la luz de la pregunta sobre el hambre. Dijo que una mañana al dirigirse a su trabajo, después de haber madrugado para preparar sus propios alimentos, se topó cerca a su casa con la escena de un mendigo buscando entre bolsas de basura algo para comer y lo que encontraba eran desechos de comida que se acercaba a la nariz y con el mismo impulso de desagrado los retiraba de sí, estaban en descomposición. Hubo una sensación incómoda, no de disgusto, sino algo sobre lo cual no había pensado antes para los festines. Uno siempre está pensando en comida, jamás en la falta de ella o en el hambre cuando se habla de banquetes. A través de los poemas, semejante a una mesa donde se puede contemplar el mundo, reflexionamos sobre cómo en medio de la opulencia de una ciudad, llena de desigualdades sociales, existen personas que son privadas del gozo de comer, no porque no deseen alimentarse, sino porque no tienen opciones. En un festín siempre está presente la certeza de que un alimento hará su presencia y de que cada uno de sus comensales, tienen el privilegio de elegir desde un menú de posibilidades. Esa noche, medité sobre qué significaba el hambre dentro de mi trabajo de grado. ¿Por qué no había pensado en la escasez cuando de alimento se trata?

Entre el pan y la grieta
se interpone el abismo
sostenido en una exclamación

la boca clama para que el pan llegue
el pan humedecido por la brizna
se queda en el aire

las salivas
van al estómago
regresan a su origen

la batalla se libra
entre el pan que no llega
y la boca que se abre

Marta Quiñonez

La palabra hambre es un sabor amargo que llega a mi paladar, por eso es inevitable pensar en la novela *No comas renacuajos*, del escritor colombiano Francisco Montaña, quien retrata la penosa realidad de cinco hermanos abandonados que, a falta de comida, se alimentan de cartón. Si había algo que atormentaba a Tita De la Garza, personaje de la obra *Como agua para el chocolate* de Laura Esquivel, era que alguien le pidiera comida y ella no tener alimento para darle. El tema del hambre se ha respirado en todas las épocas, siempre nacida de la inequidad social. El escritor Jhon Steinbeck, retrata en la novela *Las uvas de la ira*, distinguida con el Premio Pulitzer en 1940, el drama de la emigración de la familia Joad que, obligados por el polvo y la sequía, se ven obligados a abandonar sus tierras, junto con otros miles de personas de Oklahoma y Texas, rumbo a la «tierra prometida» de California. Allí, sin embargo, las expectativas de este ejército de desposeídos no se verán cumplidas. A veces pienso que el hambre, por estar tan presente en nuestra cotidianidad, se nos convierte en un paisaje y corremos el riesgo de volvernos inmunes a su rostro, pero es una inmunidad que produce una total indiferencia ante quienes la padecen. Ahora bien, llega la literatura, quien toma esos temas de la realidad, arrancándola de la tiranía de lo cotidiano y nos la vuelve extraña. Tal vez sea esa una manera sincera de dirigirle una mirada, de saber que existe, como lo ha hecho la poeta Marta Quiñonez a través de sus poemas.

Sabor salado como arena del desierto

El adiós no existe
En verdad os digo
que el adiós no existe:
Si se pronuncia entre dos seres
que nunca se encontraron,
es una palabra innecesaria.
Si se dice entre dos que fueron uno,
es una palabra sin sentido.

Porque en el mundo real del espíritu
sólo hay encuentros
y nunca despedidas,
y porque el recuerdo del ser amado
crece en el alma con la distancia,
como el eco en las montañas del crepúsculo.

Gibran Khalil

En *Las mil noches y una noche*, Alí Babá dice las palabras mágicas “*Ábrete Sésamo*” para entrar en la cueva que contiene los tesoros jamás soñados. No es de extrañar que sean unas semillas de ajonjolí, que son un alimento para el cuerpo, las responsables de abrir las puertas del lugar de las piedras preciosas y monedas de oro. A mí me basta decir: ¡Festín de LEO! para que aparezcan amigos dispuestos a entrar a ese territorio de la imaginación, por medio de las palabras y la alimentación.



Festín de LEO: Sabores árabes.

Ingredientes: Restaurante Tabun, lectura del cuento *Acuérdate del tahine*, de Leonardo Muñoz, poemas de Meira Del mar y Raúl Gómez Jattin, poetas colombianos de ascendencia libanesa, descifrando el sabor de un kibbeh.

Evocando sabores mediterráneos, recuerdo el encuentro realizado en el Restaurante Tabun que en lengua árabe traduce: Un antiguo horno de ladrillos usado para preparar pan en el Medio Oriente. Allí, en ese lugar con nombre de fogón, nos reunimos para continuar propiciando espacios y estados de una poética de lo sensible. Cruzar la puerta de entrada de este restaurante es lo mismo que entrar en la cueva de los tesoros que aparecen en el cuento *Alí Babá y los cuarenta ladrones*. Uno puede apreciar lámparas al estilo marroquí al pie de una columna que forma un arco.

Los cojines lilas, verdes y granate juntos en el suelo, al lado de las mesas redondas color ámbar para comer con las rodillas cruzadas estaban listas para recibir a los comensales. Desde una ventana ovalada se podía ver el cielo de una noche oscura con una luna creciente; uno pensaba, sólo falta una palmera para sentirse como en el desierto. Se escuchaba en el recinto, como a través de un sueño, el sonido peregrino de una darbuka y un laúd memorioso. De esa manera, ¿quién no se siente como en el país de las lámparas maravillosas y de las alfombras voladoras? La poética del espacio propiciaba entre los comensales asistentes, una actitud atenta para apreciar cada detalle de ese lugar.

El recuerdo

Este día con aire de paloma
será después recuerdo.

Me llenaré de él
como de vino un ánfora,
para beberlo a sorbos cuando quiera
recuperar su aroma.

Antes que vuele hacia el ocaso, antes
de ver cómo se pierde entre la noche.

Meira Delmar.

Todo era propicio en ese lugar para leer en voz alta poemas de poetas colombianos con ascendencia sirio-libanesa. Había algo en ese espacio que hacía que los versos tuvieran más resonancia que otros días, tal vez porque se respiraba el misterio semejante a los poemas. Para la mayoría de los comensales era la primera vez que llegaba a Tabun, y a su vez, era esa la oportunidad para probar las delicias de la sazón árabe. Dicen que la comida es la viajera a través del tiempo, por eso invité a los presentes a que degustaran el Kibbe, un alimento muy común en el Oriente Medio y considerado el plato nacional del Líbano y Siria, pero la intención era probarlo de una manera distinta, que en cada bocado pudieran descifrar qué viaje habían vivido cada ingrediente hasta llegar a nuestra boca. Hubo apertura en cada uno de los comensales para sentir la experiencia en la búsqueda de ese sabor:

Me permito compartirles algunos de los escritos de los comensales:

*“Sabor: me recuerda la huerta que tenía en mi infancia en el solar de la abuela.
Su forma: me transporta a Praga, pues me recuerda su diseño arquitectónico.
La palabra “Kibbe” me recuerda el día en que conocí a Leo.”*

“Remembranza de cuando el héroe griego halló en una playa a una bella princesa Fenicia. Ésta, como la tierra que acoge al desahuciado, le dio de su amor y de su comida”

“Con el cuchillo o la navaja de un asesino o de un sicario (palabra árabe) apuñalo el tahine o el hummus (ambigüedad) con el cuchillo o la navaja acaricio el azafrán y levanto la masa cremosa, jugosa, succulenta y la transporto hasta el pan, luego hasta mi boca, cierro mis ojos nómadas, siento la duna exquisita del garbanzo en mis papilas, siento un oasis aromático recorriendo a camello por el desierto de mi boca. A pesar de todo, sigo seco en la palmera de mi corazón”

“Quizás vengas desde muy lejos. Pero tu olor y sabor me evocan esa primera vez. Debo confesar que en aquel momento eran tantas primeras veces y ahora parece que todas ellas se han sumergido en la cotidianidad”.

Como mencioné en las primeras líneas, los espacios de formación vividos fueron la posibilidad de entrenar la sensibilidad a un nuevo sabor, a una manera distinta para darle cabida al deleite de los sentidos.

Cada vez que escribo la palabra sabor es inevitable evocar mis primeros años de la infancia, rodeado de los aromas de la yuca recién hervida para ser molida y preparar unas carimañolas de queso o del hervor del mote de queso a mediodía, o el aroma del peto, esa bebida de maíz blanco con una pizca de sal y azúcar. Hay aromas que los acompañan a uno para toda la vida, son como la propia sombra y nos dan una identidad en el mundo. Estas experiencias vividas alrededor de la alimentación y la literatura me han hecho avizorar el horizonte de mi trayecto vital donde se ha cocido desde un tiempo anterior, esa relación entre la literatura, la alimentación y la vida. Una experiencia de mis sentidos que se ha visto reflejada en mi producción literaria.

- **El cocinero de cuentos: literatura para el paladar**

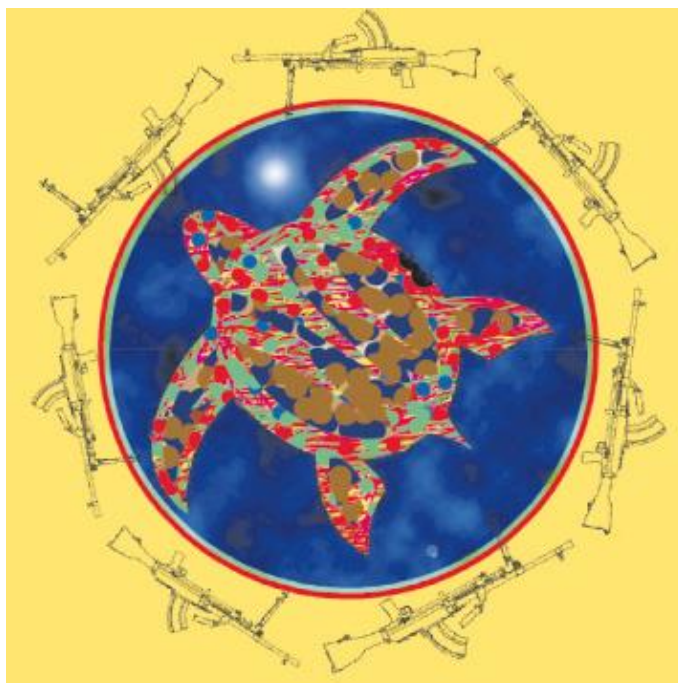


Ilustración de Saúl Álvarez para el cuento *Pebre de galápagos*, de Leonardo Muñoz.

Me acuerdo de que para darle otro sabor a mi nostalgia de estar lejos de mi terruño, de la sazón de mi abuela, de los cielos crepusculares de octubre a la ribera del puerto, de las tardes de los sábados con los amigos leyendo historias en el patio Mariamulata en Magangué, escribí recién llegué a la ciudad Medellín, el cuento *Dulce de plátano maduro*, una historia que había escuchado de siempre en los labios de mi abuela, de cómo había conocido a mi abuelo Justiniano, de lo que sucedió el día en que él no llegó a la casa a almorzar ni a probar el dulce de plátano maduro, su postre favorito, de cómo mi abuela lo preparaba, recordándolo mucho tiempo después de su fallecimiento. Fue preciso la distancia para empezar a escuchar y a ver esa historia familiar que me había acompañado desde niño.

Bastó sentir el frío al pie de las montañas medellinenses para empezar a darle vuelo a las añoranzas. Por ese motivo alentado por la estructura de la novela *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel, que se componía de doce recetas, una para cada mes, acompañada de un listado de ingredientes, escribí las primeras líneas de la receta familiar.

Dulce de plátano maduro

Ingredientes:

7 plátanos maduros de concha oscura

1 panela

Clavos de olor al azar

Agua

Preparación:

Cada vez que Micaela Rico sentía las ganas de probar el dulce de plátano maduro, madrugaba a la plaza de mercado para escoger según sus criterios culinarios, los plátanos ideales para el dulce.

Recuerdo que mientras escribía cada palabra, al tiempo sentía un aire cálido que me llenaba de dicha, haciéndome sentir en casa. Volvía a ver con más nitidez a mi abuela y, junto con ella, las tiendas de especias, verduras y frutas del mercado; volvía a escuchar con

claridad el barullo del puerto y los hervores del dulce de plátano maduro mientras se cocinaba. Sin siquiera sospecharlo la escritura de este cuento se convirtió para mí en una memoria familiar, a manera de recetario. Vuelvo a esa historia cada que necesito pensar en mi origen.

Desde entonces empecé a escribir relatos sobre otros platos propios de la culinaria del caribe; *Con el olor de las carimañolas de queso, Agua de arroz, Mote de queso, Jugo de mango, Pebre de galápago, Viuda de pescado, Acuérdate del tahine, cabecegato y Dulce de caballito*, esta última mi primera novela. Si me llegasen a preguntar ¿por qué motivo escribo historias donde los personajes tienen una relación especial con los alimentos? Quizás una de las respuestas se parecería a la frase del poeta René Char, quien dice: "No es el estómago quien reclama la sopa bien caliente es el corazón". Así sin más, yo daría una respuesta semejante. Esos son los alimentos que se cuecen en mi corazón, que me hablan de las gentes del puerto de mi infancia y por tanto es lo más familiar. Es mi manera de decirle al olvido, no todo es tuyo.

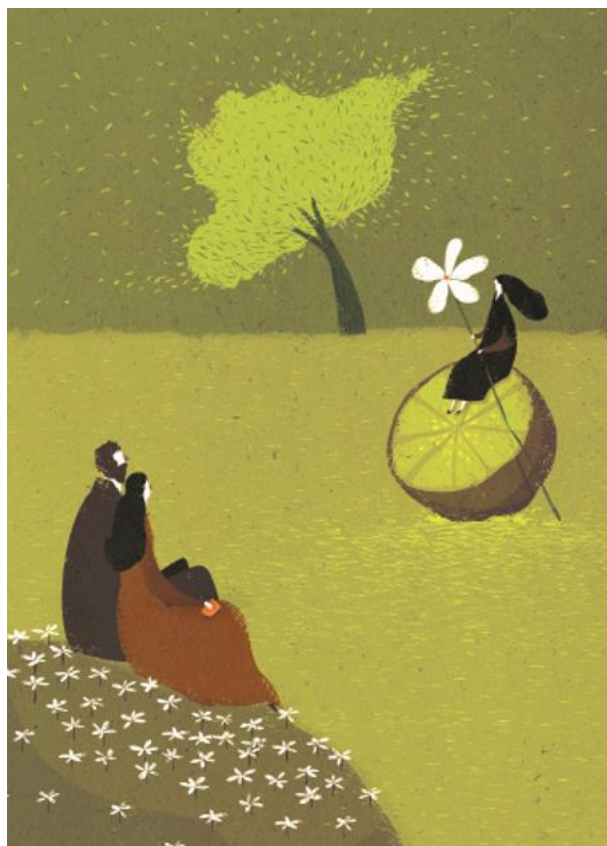


Ilustración de Roger Ycaza para el cuento *Acuérdate de tahine*, de Leonardo Muñoz.

“Recordé uno a uno los pasos de la preparación y en esos recuerdos, te veía a ti, mamá. Ponías a cocinar los garbanzos en abundante agua, luego los escurrías y hacías un puré, le echabas la crema de ajonjolí, exprimías siete limones. Le echabas el jugo de limón y el ajo machacado, los revolvías con una cuchara de palo. Esa era la salsa de tahine... ahora papá me ha pedido que la prepare para ti. Papá quiere que a tu memoria vuelvan los días del ayer. Mamá, yo también quiero que te acuerdes de mi nombre”. (Acuérdate del tahine, 2011)

Acuérdate del tahine, es el cuento del que provienen las anteriores líneas, el retrato de una anciana inmigrante de Siria que sufre de Alzhemier y quien parece recuperar su memoria con el olor y sabor de una receta: el tahine. Me gusta pensar que la escritura de mis cuentos es parecida a esa receta árabe, es mi manera de crear lazo con la memoria de los recuerdos y me permite esa distancia para acercarme a lo conocido con otros ojos, con una mirada de extrañeza. Mi escritura sobre personajes que viven una relación íntima con los sabores es otra forma de poseer un cuerpo para habitar el mundo, para perpetuar esos aromas en las palabras.

Me place pensar que el acto de escritura de un cuento es semejante al acto de cocinar. Un cocinero debe tener una intuición fresca como una lechuga, para saber en qué preciso momento se debe agregar a la olla una zanahoria o una pizca de pimienta. Sucede lo mismo cuando se escribe, ir mezclando las palabras, una a una para crear texturas que despierten los sentidos. No es seguir una receta al pie de la letra, es experimentar la posibilidad de ir creando una historia o un plato cuyo sabor nos va a asombrar. Al empezar a escribir mis cuentos, puedo tener certeza al principio de lo que quiero expresar, pero a medida que voy continuando me encuentro paisajes o situaciones que no había contemplado en un principio. Ya lo expresaba la poeta polaca Wislawa Szymborka en el poema *Amor a primera vista*:

*Ambos están convencidos
de que los ha unido un sentimiento repentino.
Es hermosa esa seguridad,
pero la inseguridad es más hermosa.*

- **La narración oral o las palabras para abrir las cuevas**



Fotografía de Julián Florez para el espectáculo de narración oral *Dulce de plátano maduro*.

La narración oral llegó a mi vida como suelen llegar las cosas mágicas, sin esperarlas. Lo mismo, pienso, le sucedió a Ali Babá cuando descubrió sin habérselo propuesto las palabras mágicas para abrir la cueva de los tesoros. El acto de narrar en voz alta me hace pensar en Sherezada, narradora de *Las mil noches y una noche* quien, para salvar su vida, le cuenta una historia al rey Shariar, un déspota que piensa que no hay corazón más pérfido que el de la mujer, por eso ha decidido desposar una virgen cada noche para darle muerte en manos de su verdugo justo antes del amanecer. Sherezada entonces hace uso de las historias para dilatar el momento de su ejecución y hábilmente le

narra un cuento, llenándolo de peripecias, hasta que amanece y Sherezada guarda silencio, indicándole al monarca que si desea conocer el final debe esperar hasta la noche siguiente.

Narrar una historia a los otros, es ejercer ese mismo don de seducción como Sherezada, por medio de las palabras, para mantenerlos atento, casi sin pestañear y con el aliento en vilo. Me acuerdo de que la primera vez que subí a un escenario, lo hice acompañado de una cuchara de palo, para contar el cuento *Dulce de plátano maduro*, reconozco que aun cuando había ensayado tantas veces, me temblaban y sudaban las manos, y mi estómago estaba en un revoltijo de emociones. Cuando se encendieron las luces, ya estaba en el escenario. Sobre las tablas pude sentir el cuerpo de mis palabras, y semejante a cuando escribí el relato, volví a sentir el aliento cálido de la brisa que venía desde el río. Narrar historias es otra experiencia cercana a la de cocinar, es preciso estar atento, presente en ese acto creativo, cuidando de que la llama del fogón no se apague, sazonando el hilo del relato para que el espectador no bostece ni se duerma en la butaca.

Escribir historias y narrarlas al tiempo son también ingredientes que fortalecen mi formación como docente, ya que me otorgan una sensibilidad de atención ante lo que acontece en el aula. Mi cuerpo entonces se dispone a las palabras, a un poema aprendido de memoria para darle continuidad a ese acto primigenio de Sherezada, de celebrar el instante con historias.

Uno de los comensales me expresó por escrito su experiencia en estos encuentros:

“Las amistades nunca me han hecho sentir comprometido para asistir a ningún espacio, pero sí hay espacios que me han hecho hacer amigos. Y cuando digo amigos es entendiendo la amistad como un intercambio de placeres, y el único placer que yo concibo es el placer de los libros y la comida -aunque no sea un buen cocinero-. No importa cuántos años ni en qué escenarios me he desenvuelto. Nunca me había enfrentado a actividades similares. Claro que había escuchado y participado en “banquetes literarios”, es decir: leer, comer y despedirse. Una actividad buena, pero estéril en su relación alimento-verso. En los festines de LEO se diseccionó el alimento a través de historias, poemas y escritos. Para entender esta articulación tan fantástica hay que pensarse sentado en un tapete comiendo hummus, mientras toda la fuerza del viento de siria nos trae el

tahine al borde de los labios. Recuerdo el poema que le escribí al Kibbe tratando de evocar mis antepasados y al medio oriente: además de deconstruir lo que veía y saboreaba, también me deconstruí yo mismo. En el cuento “Lo horrible”, de Guy de Maupassant, unos soldados se comen unos a otros ante la violencia del hambre. Así que, ante la falta de comida, aparece una historia; y ante la presencia de ella, aparece el Festín de LEO.”

Semejante a los alimentos que mencionó nuestro comensal en sus palabras, así cada uno con un sabor preferido va erigiendo un pedazo de la propia cartografía de los afectos y da cuenta de los días vividos o mejor dicho degustado. Al saborear el siguiente poema será inevitable sentir que se viaja a un territorio íntimo hecho a partir del gusto.

Las sobras de arroz frío

Amo la tierna berenjena
de carne amarga y suave
y color de las grandes penas.
El curry me llevó a esos mundos
populosos, de gentes, de olores y de dioses.
La alcachofa, mi flor preferida,
se desviste, hoja a hoja,
sobre el plato y me ofrece su
corazón
que es dulce y se derrite.

Deliro con el cordero,
el recién nacido y cocinado en sus jugos,
aromas y sustancias del campo
de Castilla.

Un sushi de mariscos misteriosos
me reveló los sofisticados ritos
de un pueblo que suspira con

las flores del almendro.

Mas es en mi ciudad, en mi casa,
en mi cocina y sin platos ni manteles
donde he conocido el placer verdadero.
Ya de noche y en silencio el mundo,
tomé de la nevera arroz blanco,
sobras de otros días,
apenas hervido con agua y aceite:
ahora perlas deslucidas, duras y secas,
heladas.

Y así pasaron de mi mano a la boca.
Y así gocé del simple,
vergonzante y oculto placer
que todas las cocinas guardan

María Mercedes Carranza

UN EPILOGO QUE SABE A POSTRE

Yo tengo para ti mi buen amigo
un corazón de mango del Sinú
oloroso
genuino
amable y tierno
(Mi resto es una llaga
una tierra de nadie
una pedrada
un abrir y cerrar de ojos
en noche ajena
unas manos que asesinan fantasmas)

Y un consejo
no te encuentres conmigo.

Raúl Gómez Jattin

Como esos sabores que se quedan con uno en el paladar, de la misma manera se ha quedado conmigo el deleite del extrañamiento ante los alimentos. En cada uno de los encuentros vividos, nos acercamos a los víveres con ojos de asombro. Fue preciso el sentido del lenguaje y la imaginación para vivenciar en toda su plenitud un alimento cotidiano, que de tanto ser cercano se había vuelto invisible. No obstante, el hecho de vivirlos a través de la ficción era como si les diera una carta de legitimidad ante la realidad. El acto de reinventar los sentidos fue una manera de ampliarlos.

La formación literaria en espacios no convencionales como restaurantes y bibliotecas da cuenta de que todo espacio es propicio para el ejercicio de la reflexión, la adquisición de un saber, cuando se alienta y se defiende el derecho a las ficciones, al disfrute del arte y la literatura, considerándolos como bienes irrenunciables que se corresponden con las necesidades profundas del ser humano.

Los paladares de los comensales lectores participantes quedaron impregnados en la sazón de los alimentos, en sus aromas, en sus hervores. Además, han generado una reflexión poética, un acontecimiento que une la comida y la literatura de un modo entrañable y necesario. Los encuentros tanto de El festín de Leo y el Club de lectura Entre letras fueron un pretexto para, a través de la literatura, deleitarse con deliciosos sabores. O bien pueden ser vistos como un pretexto para, a través de los sabores, degustar parajes literarios sugestivos, carnudos, polifónicos, certeros.

Los encuentros vividos fueron siempre un espacio para la reunión en torno a la comida, a la palabra, a la poesía y a lo poético; un encuentro cálido para redescubrir en los alimentos la interpretación de la condición humana: ese mosaico de culturas que se representa, en parte, por los rituales que llevamos a cabo en la mesa, por las historias que contamos cuando nos reunimos en torno al alimento, por las creencias y concepciones con respecto a los sabores que desdeñamos o que aceptamos con agrado.

A propósito de la pregunta por la poética de lo sensible, un componente importante fue lo sensorial, esa posibilidad de generar la experiencia literaria y el encuentro con un

texto a través del sentido del gusto. Esto claramente expande el panorama interpretativo en tanto brinda la posibilidad de leer desde otras percepciones, desde lo diverso.

Es ineludible entonces formular otras preguntas para nuevas investigaciones que amplíen el campo de indagación ¿Qué otros maridajes como la vida, lo sensible y lo literario son propicios al momento de una formación literaria? ¿De qué manera la alimentación a partir de la propia cartografía de los afectos puede reivindicar el sentido poético de la educación? ¿Es posible que en la escuela se puedan generar espacios y tiempos para contemplar, admirar, teniendo a los sentidos como una manera de conocer el mundo?

Puedo decir con emoción que mi propuesta de investigación *En el hervor de la palabra: cuando la literatura, la conversación y la alimentación se cuecen en una poética de lo sensible*, puede aportar a escenarios educativos distintos a la escuela, pero también a la escuela misma, a convertir las relaciones personales en un terreno fértil para la educación desde una apuesta por lo sensible, que es al tiempo una mirada poética al mundo. Ahora bien, ¿Qué significa poseer una mirada poética en espacios educativos? Es sin duda una apuesta a interesarse por lo que sucede alrededor, a darle una mirada de extrañeza a lo obvio, en este caso desde la propia alimentación, simultáneamente a su existencia. El testimonio poético nos revela otro mundo dentro de este mundo, esto quiere decir, poseer una mirada de asombro constante que nos vuelva extraña las cosas familiares. Los sentidos entonces se convierten en servidores de la imaginación.

Sin duda, indagar sobre los propios territorios del gusto, genera un cuerpo sensible que lo dota para vivir una experiencia poética, a través de los sentidos. Es menester que haya espacios en la escuela donde se cultiven preguntas que ayuden a sondear la propia identidad, ya que permite una mayor consciencia de lo que se es, y de la propia cultura. Es fundamental reclamar nuestro derecho al cultivo por el asombro, por las ficciones. Considero que hoy día la formación literaria debe apuntar a una mediación entre los sentidos y el texto literario, de tal modo que se desvanezcan las fronteras que puedan llegar a existir entre la una y la otra.

En estos tiempos se hace más vital que nunca, volver al tiempo donde las personas se miraban cara a cara las una a las otras, mientras compartían un alimento. Es urgente que las relaciones personales hoy día no estén sujetas a una pantalla de celular, sino al

contrario, que haya espacios y tiempo para conocer al otro, saber de sus comidas favoritas o mejor aún, los secretos de sus ingredientes al momento de preparar un alimento. Es importante rescatar esos espacios de reflexión, reivindicar la pausa, el reposo. Que el cultivo de una amistad sea semejante a la preparación de un plato, es primordial estar presente, al pie del fogón, teniendo presente en qué justo momento se echan los ingredientes a la olla para que empiecen a cocerse. El acto de cocinar es semejante a la amistad, requiere de paciencia y sutileza. Además de un descubrirse el uno al otro. Hoy día, se hace un reclamo para degustar con calma un alimento, de la misma manera debe ser el cultivo de una amistad. Se requiere tiempo. Por algo la comida chatarra recibe ese nombre, haciendo alusión a la fría chatarra, carente de afecto o de hogar. Negocios de comidas rápidas, que son pensados en cadena, a un público homogéneo. Cada plato, cada alimento debe ser celebrado en un encuentro que privilegie el tiempo, en especial humano, que esté lleno de sensibilidad.

Como maestro en formación, que se dispone como cocinero de historias me regocijo con los nuevos sabores y aromas que llegaron a mi paladar con mi trabajo de grado, y llegaron para quedarse. Imagino cada uno de los estados de la experiencia literaria como momentos para la preparación de un postre.

- Primer ingrediente

En esta experiencia donde se les daba voz a los recuerdos, descubrí que el asombro es otro sentido, una piel con la que se entra en contacto con el mundo. El cultivo del asombro o el entrenamiento de éste me dotó de la capacidad de ver las cosas que siempre se han visto con una mirada nueva.

- Segundo ingrediente

Estar presente con el cuerpo en una escucha atenta a los propios relatos y al de los demás como apertura para conocerme a mí mismo y al mundo que me rodea.

- Tercer ingrediente

Descubrir que las bibliotecas o restaurantes son espacios de formación ya que poseen apertura a la conversación, y a la vez son nichos para darle cobijo a las inquietudes.

Mi compromiso poético desde el lugar de maestro es abogar por el derecho de las comunidades por la ficción, por la imaginación, por la literatura, por una apuesta a lo sensible, por un ejercicio constante de la reflexión, la buena disposición para con el prójimo, la capacidad de penetrar en los problemas de la vida. Creo con firmeza que la literatura a la luz de los sentidos es un buen comienzo para conocer esas otras cartografías o paisajes interiores que nos definen como seres humanos.

Bibliografía

- Aparici Beatriz y Larrosa Jorge. (2002). Realidades y tiempos. La poesía y el aprendizaje de la multiplicidad. Revista Educación y Pedagogía, (XIV), 32, 13-2
- Arguello, Rodrigo (2017) Red de lecturas N° 2 Nodo de lenguaje de Antioquia. *La enseñanza de la literatura desde su dimensión estética*. 217- 219.
- Bárcena, Fernando (2002) Revista Educación y Pedagogía. *La respiración de las palabras. Ensayo sobre la experiencia de una lectura imposible*. XIV, 32, 21-38.
- Bauer, Jutta (2008) *Selma*. Editorial los cuatro azules.
- Bruner, Jerome. (2002) *La fábrica de historias*. Fondo de cultura económica. 7-54
- Duran, Noemí (2017) Reescribir entre cuerpos caminos po (e)sibles. *Capítulo III. Caminos po (e) sibles*. Editorial UOC. 121-155. Ricoeur, Paul. (2006) *Ágora- Papeles de Filosofía. La vida: un relato en busca de narrador*. 9-22
- Certeau, Michel de (1999)1. Historia social. *La invención de lo cotidiano 2: habitar, cocinar*. Universidad Iberoamericana. 3-147
- Cantón, Manuela (1992) Alimentación y cultura en Andalucía. El folklore andaluz 9. *Comer, crear y significar*. 9 - 14.
- Dalh, Roald (2017) *Relatos de lo inesperado*. Editorial Norma.
- Delory-Momberger, Christine. (2015) *Narrativas de experiencia en educación y pedagogía de la memoria*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad
- García Márquez, Gabriel (1986) *Cien años de soledad*. Norma.
- Larrosa, Jorge y Aparici Beatriz (2002) Revista Educación y Pedagogía. *Realidades y tiempos. La poesía y el aprendizaje de la multiplicidad*. XLV, 38, 13-20.

- Larrosa, Jorge (2001) Lecturas del espacio íntimo al espacio público. *Narrativa, identidad y desidentificación (Notas sobre la vida humana como novela)*. México: Fondo de cultura económica. 605-628
- Larrosa, Jorge (2003). La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación. México: Fondo de la Lectura Económica.
- Mélich, Joan-Carles (2003) Educar 31. *La sabiduría de lo incierto. Sobre ética y educación desde un punto de vista literario*. 33-45.
- Montes, Graciela. (1999). “*Sherezada o la construcción de la libertad*”. En: La frontera indómita: en torno a la construcción y defensa del espacio poético. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mosquera, Marisol (2017) *Sabor y saber: una estrategia pedagógica para la formación del gusto estético literario en la escuela*. (Trabajo de grado Universidad de Antioquia)
- Murillo, Gabriel (2015) 1. Investigación. 2. Enseñanza Superior. *Narrativas de experiencias en educación y pedagogía de la memoria*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires. 4- 440
- Neruda, Pablo (2013) *Antología poética*. Editorial Austral
- Petit, Michel (2001) Lecturas del espacio íntimo al espacio público. *Lectura literaria y construcción del sí mismo*. México: Fondo de cultura económica. 41-66.
- Ricoeur, Paul (2006) *Ágora, papeles de filosofía. La vida un relato en busca de narrador*.9-22
- Rodríguez, Karla y Ospino, Vanessa. (2017) *La alimentación desde lo afrochocoano como práctica de decolonizadora del lenguaje: retos y aproximaciones a partir de una metodología decolonial*. (Trabajo de grado Universidad de Antioquia)
- Vásquez Rodríguez, Fernando. (2008). La enseñanza literaria. Crítica y Didáctica de la literatura. Bogotá: Kimpres Ltda.
- Vásquez, Fernando (2004) Nodo de Lenguaje de Antioquia. *El Quijote pasa al tablero- Algunas consideraciones sobre la enseñanza de la Literatura*. Medellín: Secretaría de Educación Departamental y Universidad de Antioquia. 1- 26.
- Veiga, Alfredo (2001) Lecturas del espacio íntimo al espacio público. *Literatura, experiencia y formación*. México: Fondo de cultura económica. 25-40.

